

• Especial para
"FOLKLORE"



Por Juan Draghi
Lucero

PANORAMA

HISTORICO - FOLKLORICO

CUYO DE

Especial para "FOLKLORE"

Por JUAN DRAGHI LUCERO

JUAN
DRAGHI
LUCERO

Autor del "Cancionero popular cuyano", libro de 630 páginas, aparecido en 1938, premiado por la Comisión Nacional de Cultura; de "Las mil y una noches argentinas", con segunda edición de Kraft e ilustraciones de Víctor Delhez; de "Novenario cuyano", libro de versos nativistas. De "Cartas de jesuitas mendocinos", de la época colonial; de la Introducción a cinco volúmenes de Anales del Instituto de Historia y Disciplinas Auxiliares de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, del que fue director muchos años. De muchos folletos sobre historia y folklore.

Profesor de Folklore de la Escuela Superior de Música de la Universidad Nacional de Cuyo y ha efectuado nuevas recopilaciones que las dará a conocer en un segundo tomo del "Cancionero popular cuyano".

LA cantora región de Cuyo, con sus excedidos 310.000 kilómetros cuadrados y su excedido 1.100.000 habitantes, debe volver a figurar con sus propios caudales en el mosaico folklórico nacional. Algo ha ocurrido que no aparece en la actualidad con su aporte integrador de la lírica y coreografía argentinas. Quizá se explique por carencia representativa, caldad y disciplina de los conjuntos formados en el terruño para divulgar sus bellezas. El Norte, con un caudal maravilloso, el aporte vivo del mestizo y conjuntos disciplinados, ha podido brindarnos sus espléndidos frutos. Es una lección que debe ser aprovechada por el resto del país.

Conviene, para presentar esta región, una rauda pincelada histórica: Cuyo nace, teóricamente, a la vida occidental con la fundación de Santiago del Nuevo Extremo (Chile), en febrero de 1541. Es descubierto por Francisco de Villagra, por mayo de 1551, en su marcha del Perú a Chile por el oriente de los Andes. El 2 de marzo de 1561, y como personero del gobernador de Chile, Hurtado de Mendoza, declara fundada, D. Pedro del Castillo, a la capital que inmortaliza a su mandante. Mendoza fue implantada sobre el poblado huarpe de Huantata, con lo que acredita la capital de Cuyo una antigüedad mayor que Santiago del Estero. Su origen se pierde en la prehistoria. Al año siguiente, D. Juan Jufre funda,



La tejedora de San Miguel de las Lagunas (Huanacache) aconseja a Juan Draghi Lucero. 1954.
Foto Ledezma.

el 13 de junio, la ciudad de San Juan, y su hijo, D. Luis, implanta sin autorización superior, la capital de San Luis, por agosto o septiembre de 1594. Esta fundación será reconocida oficialmente en 1600. En ese sitio funcionó un presidio o avanzada militar de Mendoza contra los indígenas rebeldes, cuyo centro era Malalhue.

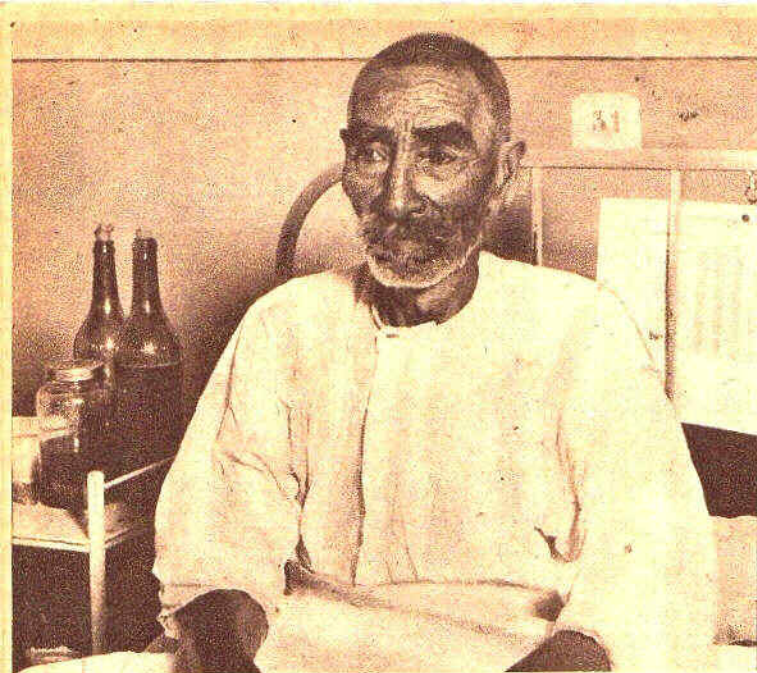
Inicialmente no vino ninguna mujer española. Los "hijos de la tierra", como llamaron los iberos a los mestizos, nacieron en Cuyo de madres huarpes, y se criaron en clima de resentimiento. El ibero tenía conciencia de su civilización superior y de su papel de conquistador: no se unió legalmente con mujeres indígenas. Precolombia ofreció, con sentido dionisiaco, su aporte gínico, y el ibero, con dominante trascender ándrico, cumplió su misión de padre. La América ibera se diferencia de la anglosajona en que aquí fue poblada por hombres solos y febriclientes, y allá por familias legalmente constituidas y asentadas. Exacerba esta fundamental diferencia el aura dionisiaca de la América tropical, sentido de que carece el extremo nórdico. El hecho documentado es que los mestizos absorbieron el ámbito materno de resentimientos: algunos encabezaron maldones contra la incipiente ciudad... Por 1580 ya se

hace perceptible la presencia de mujeres españolas, pero sigue el mestizaje y el mulataje extramatrimonial. La familia del colono, como lo certifica Levillier, es extremadamente irregular.

En la vida inicial de San Juan y Mendoza se advierte un extraordinario paralelismo, trazado por los mismos imperativos zonales. Los ríos homónimos, verdaderos padres de ambas capitales, sostienen la vida de ellas. En Mendoza, más de cinco canales huarpes dan al conquistador plantaciones y sembradíos donde fructifican especies nuevas: la vid, el manzano, el duraznero y otros frutales y el trigo, etcétera.

En San Juan y en Mendoza los hortelanos se ven obligados a ser hombres de carguios. Primeramente arrieros, con crianza de mulas en las vegas de San Juan, del Mendoza y del Tunuyán. Cuando aumenta la producción de vinos, aguardiantes y frutas desecadas, llega la carreta del Tucumán por estos productos tan caros al paladar español. Santiago del Estero proporcionó los ejes y mazas de las carretas y luego San Luis dio las camas y los rayos para las ruedas. Se labraron las primeras huellas en los llanos.

La expansión del comercio cuyano impulsa la trashumancia de los pobladores. Van arrias a Chile



Crisanto Guayama, fallecido en el hospital Emilio Civit (Mendoza) en 1938. Hijo del famoso caudillo lagunero José Santos Guayama que fue fusilado en el cuartel de San Clemente (San Juan). Los hijos de este caudillo, por pesar pena de muerte sobre ellos, vivieron como cimarrones por las lagunas de Huanacache.

con ceniza de jume, charqui y ganado en pie, y vuelven con objetos manufacturados de procedencia europea. El intercambio con los pueblos del interior se acrecienta. Este continuo trajinar por llanos y cordilleras crea vínculos de relación con otros núcleos, y el todo se va matizando con tintas regionales. No es igual el poblador santiaguino (Chile), al vecino Santiagueño (Santiago del Estero). Se van delineando influencias sutiles pero perceptibles. La guerra de Arauco es muy diferente de la del norte argentino; hay flores y faunas diversas y geografía dispar. Chile es húmedo y rico en yodo, y el noroeste argentino es seco y carente de yodo. Chile se baña en el Mar del Sur, que comunica con el Callao, Guayaquil, Panamá y el Estrecho de Magallanes; el norte argentino es cerradamente mediterráneo.

La filiación tradicional de Cuyo hay que rastrearla desde sus tiempos iniciales. Pasadas las primeras noches de espantable soledad y aislamiento (el núcleo español más cercano era Santiago de Chile, separado por la tremenda barrera nevada del Ande), los pobladores tuvieron que allanarse a enfrentar todas las adversidades. La Asunción del Paraguay quedaba a fabulosa distancia, Santiago del Estero, lejísimo...

Mendoza y San Juan tienen una precipitación pluvial de cerca de 150 milímetros. Son estepas de imposible cultivo sin el auxilio del agua manejada; apenas puede mantenerse una actividad pastoril rústica y precaria. El nudo vital está en el caudal de sus ríos homónimos. El español se vio forzado a continuar el mismo rumbo indígena de agricultor, pero con técnica mejorada y el auxilio de plantas y semillas importadas. Al pan indio de la algarroba (patay), lo suplantó con el de trigo, y a la aloja y añapa, bebidas exóticas y ásperas al paladar europeo, las desalojó con el ansiado vino. Se impusieron la vid y el trigo, legados preciosos de Occidente.

"¿Y el folklore?", preguntará el lector. Los peninsulares —respondemos— trajeron sus caudalosas

tradiciones amamantadas en el Mediterráneo, de raigambre latina, pero enriquecidas con el aporte asiático y africano del norte que les regalaron los árabes invasores. Confluyen en la Península corrientes diversas de raíz milenaria y secular. Los españoles traen a la atónita Precolombio un cuerpo riquísimo y variado de tradiciones que se van a encontrar con un disforme, exótico y variadísimo sentir de las diversas naciones indígenas. Estos antiguos sentires precolombinos no penetrarán en la mente española sino por excepción. Debe agregarse que las organizaciones indígenas se descalabraron, y sus núcleos se extinguieron; pero aparecieron otros pueblos: los del Africa esclavizada, que trajeron sentires selváticos y tan exóticos que fueron rechazados por la sensibilidad española: occidental y celosamente católica. Sin embargo, estos roces continuos enriquecerán las tradiciones mestiza y criolla. El indígena le señala su toponimia descriptiva, su herbario medicinal e industrial (tintes), y otras facetas perceptibles en la actualidad y los pueblos negros, le dejan parte de sus supersticiones, curandería y otros arañazos del folklore tenebroso.

LA SEMANA DE AMOR

TONADA SANJUANINA

El lunes, amargo día,
principio de mis trabajos,
fue cuando yo me dispuse
a encadenarme en tus brazos.

El martes por la mañana
en mi cama me senté
a considerar ¡tan lejos!
lo que tan cerca soñé.

El miércoles te mostraste
arrastrada por el suelo;
dije que me había'e perder
despreciado y sin consuelo.

Del jueves para tu tierra
vide correrse una nube;
se redoblan mis trabajos
de ver tus ingrattudes.

El viernes les contaré
mis trabajos redoblados;
echo'e menos tu cariño
y el abrigo de tu lado.

El sábado por la tarde
y, así a la puesta del sol,
fue cuando yo me dispuse
a entregarte el corazón.

Cogollo:

Vivan todos los presentes,
¡jarrita de agua florida!
y entre medio de la jarra
todos los presentes ¡vivan!

HISTORICO-FOLKLORICO DE CUYO

ESPECIAL PARA "FOLKLORE"

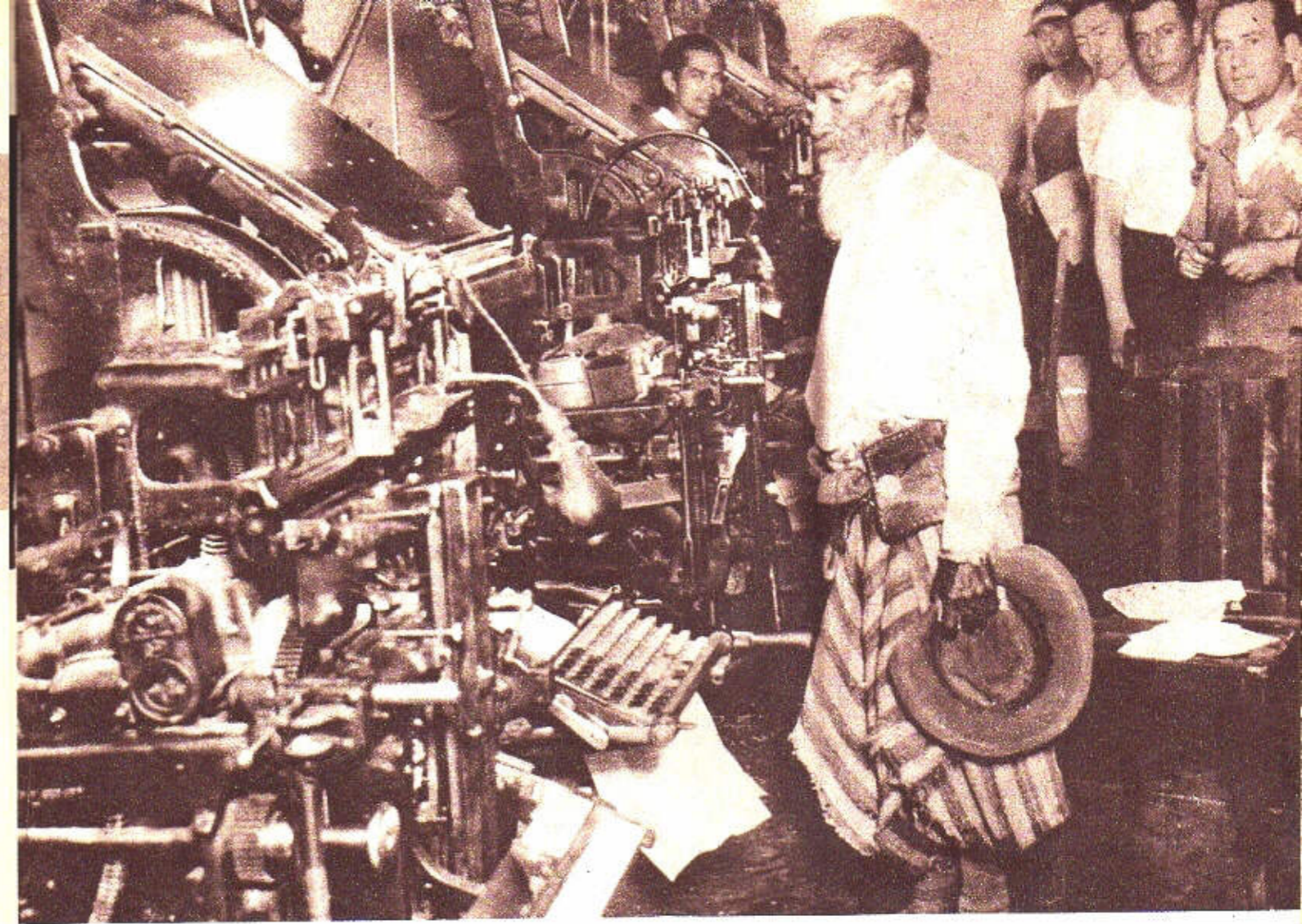
Ahincada la colonización española en Cuyo y ya con creciente significación económica su expansiva industria de la vid; de las frutas desecadas, arropes, alfajores, dulces y afines, más el incremento de la ceniza de jume (industria huarpe, precolombina), para confección de jabones y lejías detergentes, se fue imponiendo la actividad transportista, integrada por recuas de mulas, boyadas y la industria de la construcción y mantenimiento de carretas que, en crecidos convoyes, salían para el Litoral o el Norte. Se iba labrando el destino de las dos grandes ciudades de Cuyo, basado en los nobles cultivos intensivos de irrigación artificial y la distribución de sus productos. Mendoza surtió de trigo a Buenos Aires.

El paladar español reencontró en América la manzana, el higo, los melocotones (duraznos) y otras frutas familiares brindadas por las huertas cuyanas. Estas frutas, desecadas, fueron insistentemente reclamadas. Esta parte de América sólo ofrecía las ásperas frutas del chañar, del algarrobo, de la tuna de los quiscales, del zulupe, del piquillín y otras manifestaciones fructíferas precarias y exóticas, que no condecían con sus gustos refinados. Lo mismo ocurrió con el pan, que era suplido por el patay empalagoso. El trigo de Cuyo fue conquistando plazas de consumo. Estos preciosos señuelos atraerón a los arrieros y carreteros del apartado Tucumán, quienes llevaron a Cuyo ejes y mazas para carretas, en cuya construcción no entraba una sola pieza de hierro. Toda la industria primitiva se nutría de la madera y el cuero y sus hechuras eran auténticas muestras del folklore material, por ser principiadas y terminadas por el mismo artesano, que le imprimía su modalidad personal.

El activo núcleo mendocino excursionó a los campos rebeldes del sur hasta conquistar al río Tunuyán, en cuyas alegres vegas crió, al cuidado de los útiles indios huarpes, ganados vacunos, caprino y lanar. Se creaba la ganadería cuyana —la sanluisense sería la más numerosa—, para surtir al mercado chileno.

Mendoza soportó atrasos por la cruentísima guerra de Araucó que se libraba en el sur de Chile. Ya en 1583 llegó un ejército español de 450 hombres, que atravesó la cordillera de la nieve por setiembre. Su forzada estada en Mendoza, vilorrio de unas 25 casas, fue penosísima y afligente. Otra remesa de 500 hombres sufrió en 1601. En los dos meses que permanecieron en esta aldehuela cometieron "grandes y atroces delitos" en unas 30 familias que aquí arraigaban. Ya sabemos de qué delitos se trata en un poblado donde no habrían 15 mujeres peninsulares, aunque sí un mayor número de mestizas, criollas y mujeres indígenas. El gran problema de agudas aristas sociales ocurrió a la llegada de 1.000 hombres del general Mosquera, en 1604. Tuvieron que invernar en este caserío a costa de los pocos vecinos encomenderos. Estos escasos pobladores quedaron tan acobardados con estos azotes que amenazaron a la corona con despoblar a Mendoza e internarse a los campos. Véase qué humildes y humillados fueron los orígenes de nuestras capitales.

El acrecentamiento lento pero sostenido del intercambio con Chile y pueblos del interior y, so-



El mestizo mendocino Crisanto Guayama, en su visita a los talleres del diario "La Libertad" de Mendoza, en 1938. Murió pocos días después en el Hospital "Emilio Civit". Fue el último gaucho auténtico de Mendoza.

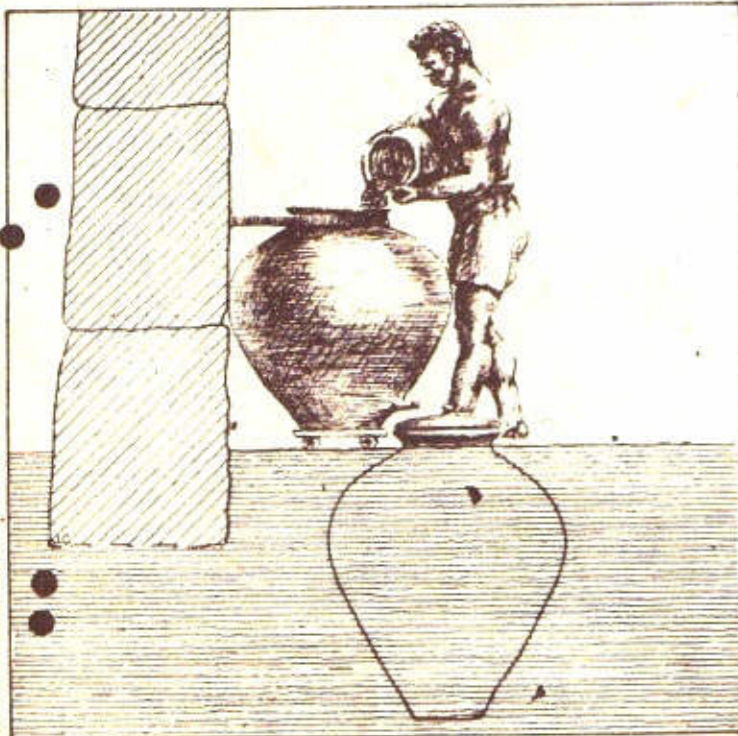
bre todo, la fundación de Córdoba, Santa Fe y luego la de Buenos Aires, impuso crear un eslabón entre Cuyo y aquellas capitales, que se realizó con la fundación de San Luis, por agosto o setiembre de 1594. La fijación de este núcleo avanzado al oriente la hizo el personaje más prominente de la región: el heredero del fundador de San Juan y señor feudal de Cuyo, D. Luis Jufré, que fundó por sí y ante sí, sin la indispensable autorización superior, a San Luis de la Punta de los Venados. Este hecho histórico será legalizado en 1600.

La fundación de San Luis es una muestra del vigor cuyano: se hizo con vecinos de San Juan, Mendoza y algunos de Chile. Señala un poder expansivo de núcleos regionales y el gran anhelo de asomarse al Mar del Norte. Ya en adelante se simplificaba el entrar a o salir de Chile y aún al Perú: quedaba abierta la nueva vía Buenos Aires-Mendoza-Valparaíso. La apertura y mantenimiento de esta ruta, vital para la vida de América, como la gran ruta Buenos Aires-La Paz-Lima, va a adquirir una importancia fundamental para la dispersión del folklore. A lo largo de estas históricas rutas, trajinada incesantemente por arrieros y carreteros, el folklore va a viajar con ellos.

La pobreza de aguas y de recursos de San Luis y su carencia de indios mansos y laboriosos, le señaló el camino más humilde de las capitales cuyanas. Arrastró vida penosa, agravada por el continuo azote de los malones indígenas. Su posición

de avanzada al extremo de la penetración del oeste, obligó a sus hijos a ser arrojados jinetes que practicaron, más que los otros, el valor personal. Son los cuyanos que más se aproximan al gauchismo. Carecieron, en razón de su misma pobreza, del aporte mestizo y mulato que ostentaron San Juan y especialmente Mendoza. La adquisición de indios útiles y especialmente de negros esclavos, significó riqueza y aristocracia. San Luis tendrá, relativamente, la mayor pureza criolla. Sus cultivos iniciales fueron tan precarios que casi no pueden mencionarse; tuvieron, para subsistir, que apelar muchas veces al derecho de peaje de los arrieros y carreteros sanjuaninos y mendocinos. Apelaron a la riesgosa cría de ganados en campo abierto, pero los indígenas atacantes y los pumas dañinos los obligaron a ser cuchilleros y lanceros.

Parecerá extraordinario que para viajar de Buenos Aires a Mendoza hasta fines del siglo XVI, se iniciara el viaje fluvial hasta las cercanías del actual Rosario, de ahí a un lugar apropiado del río IV, luego a Córdoba para seguir a San Juan y de este lugar a Mendoza. La fundación de San Luis hará que a principios del siglo XVII salgan comisiones de sanjuaninos y mendocinos a "descubrir el camino de Buenos Aires" pasando por la capital puntana, que luego será la posta más importante. Es que el ansiado Mar del Norte abría su portal en Buenos Aires y los españoles solicitaron afanosamente el océano que lamía la patria lejana. El



Un esclavo negro vaciando un noque de mosto en la tinaja de fermentación. Industria vinícola de la época colonial.

PANORAMA HISTORICO - FOLKLORICO DE CUYO

Mar del Sur, cerrado y proceloso, obligaba a cruzar el Estrecho de Magallanes, devorador de barcos, o el istmo de Panamá con fiebres palúdicas que devoraban hombres. La ruta Valparaíso-Mendoza-Buenos Aires les brindaba camino corto y aires salúferos. Se la prefirió desde Valdivia a Lima y con esto Mendoza pasó a tener significación continental. Debe recordarse que importantes viajeros invernaron en la capital de Cuyo en espera del deshielo del paso de la Cumbre, ruta de Uspallata, por el antiguo camino del Inca. San Juan, en razón de estar distanciada de esta ruta quedó como capital de segundo orden. San Luis fue ciudad satélite.

Los vinos mendocinos y aguardientes sanjuaninos, más las frutas desecadas de ambas ciudades —mejores vinos, aguardientes y frutas rindió San Juan—, fueron cada vez más solicitados por los núcleos españoles del interior. A Chile se exportaba carne y ceniza de jume, luego ganado en pie. El acrecentamiento de la producción hizo que arrieros y carreteros adquirieran mayor significación económico-social. Los hombres de cargo de Cuyo —que no deben ser confundidos con los gauchos— trajinaron con sus preciosas cargas por los larguísimos y arriesgados caminos de esta parte de América.

Este trashumante elemento humano es el que va a enriquecer y dispersar el folklore cuyano.

Los arrieros y carreteros hacen noche en postas, ramadas, paraderos, jaqueles, etc., apropiados al caso. A estos paraderos caían gentes de todos los ámbitos y nada era más a medida para intercambiar noticias de la Metrópoli y de los diversos y apartados centros del interior. Festejábale el feliz encuentro con la cena carnívora y la alegría de la obligada e improvisada fiesta, que premiaba tantas desazones y fatigas del viaje.

Está documentado que muy a principios del siglo XVII ya existían instrumentos de cuerdas en Mendoza y en San Juan. Es seguro que los carreteros los llevaron en sus castillos rodantes y que amenizaron con músicas y bailes las bulliciosas noches de estos encuentros. No está documentado pero puede afirmarse que en esas tertulias improvisadas se cantaran las coplas que años antes estuvieron en boga en la Península, y también que se mecharan estos cantos con agregados líricos de América, ya de cantares quechuas traducidos, ya de creaciones mestizas y criollas que comenzarían a aflorar. Lo raro sería que esto no hubiera sucedido. ¿El documento probatorio? ¿Dónde está el documento que prueba quién introdujo la vid en Cuyo? ¡En ninguna parte! Sólo se documentaban los hechos eclesiásticos y militares. Los hechos del trabajo y del folklore no aparecen en documentos, pero ellos son tan reales que están documentados en el mejor papel: ¡En sus frutos!

LA CHINITA

Caballero e' don...;
rosal sin una espinita.
Atienda: le están cantando
¡el versito'e la chinita!

Yo tenía una chinita,
mucho tiempo la serví;
de verme tan abatido
¡a lejas tierras me fui!

Y después de estar allá
yo sentí lo que perdí...
¡Pobrecita' e la chinita
si se acordará de mí!

Ella me mandaba cartas
y yo le daba respuesta,
y en sus cartas me decía:
¡que me parará en su puerta!

—En tu puerta estoy parado,
chinita, ¿me conocís?
—¡No, señor... No lo conozco
ni lo hi visto por aquí!

Y ya me entré para adentro
haciéndome el que lloraba...
Pícaro de la chinita
¡nadita que se le daba!

Esta es una de las tonadas más representativas del genio popular mendocino. Ofrece la particularidad del diálogo. Trata del amor circunstancial, alegre y olvidado. Su música puede verse en el "Cancionero popular cuyano", del autor, pág. 597.

COGOLLO

Y salí para afuera
haciéndome el que sentía...
¡Pícaro de la chinita:
de risa que se moría!

Yo tenía un pañuelito
y en la punta una cintita;
ya dicen las habladoras
—¡Es regalo' e la chinita!...

Yo tenía un pañuelito
que mi plata me ha costado;
ya dicen las habladoras:
—¡La chinita se lo ha dado!...

Cuando uno llega a una casa
por una amistad que tenga;
ya dicen las habladoras:
—¡Este, de balde no llega!...

Cuando uno llega a una casa
porque lo hayan convidado;
ya dicen las habladoras:
—¡Ya viven como casados!...

Yo no vivo' e las casadas
tampoco de las solteras
¡porque todas son cortadas
por una misma tijera!



HISTORICO-FOLKLORICO DE CUYO

Especial para "FOLKLORE"

Por Juan Draghi Lucero

A comienzos del siglo XVII ya se va perfilando en Cuyo el rumbo definitivo de su agricultura, ganadería y comercio, encuadrados y como corolario del uso obligado del riego artificial, con sus ricos cultivos intensivos, de gran cuidado y de pequeña extensión, cuyo incesante agrandamiento exigió un comercio de exportación. Mendoza y San Juan presentan una faz esencialmente hortelana: la productiva huerta sanjuanina-mendocina va a recordar a sus antecesoras valencianas, lo que no impedirá que el cultivo del trigo aumente notablemente en razón de que Buenos Aires y otros centros del Litoral no podrán mantener trigales porque las tupidas vacadas cimarronas devorarán sus siembras por carencia de medios para cercar extensas tierras labrantías. En Cuyo, por ser muy escasa su precipitación pluvial, se cercarán las mangas de cultivos con muros de tierra apisonada (adobones), de manera que estarán celosamente separados los sembradíos de los potreros alfalfados para la crianza de animales. Con estos cierres, resistentes y seguros, se encara exitosamente la agricultura y la ganadería intensivas, asegurándose las cosechas de los plantíos y la seguridad de los caballos, mulas y bueyes para los transportes. Sin embargo, el azote de las plagas de langostas se llevará una cosecha cada cinco años, más o menos. La langosta fue una plaga incombustible.

El sistema de transporte por arrias, profundamente tradicional en España, se va imponiendo definiti-

vamente para trajinar por las fragosas cordilleras del macizo andino, donde la rueda de la carreta no tiene vigencia. El sufrido arriero cuyano (y riojano), van a andar por los devorados caminos del Inca, visible aún en el tramo Uspallata-Barreal, y van a llegar con sus apetecidas mercancías a los más apartados y soledosos lugares. En los llanos, la arriería competirá con los convoyes de carretas y ambos, arrieros y carreteros, serán empresas responsables de transportes, obligados a la celosa observancia de las leyes españolas. Este acucioso cumplimiento de la ley de comercio de las Españas, apartará al arriero y carretero de ese otro elemento de a caballo, libérrimo, sin significación económica, trashumante fronterizo, frecuentador de poblaciones cristianas y de tolderías indias, que rematará en el mentado gaucho.

El arriaraje comprenderá a empresas legalmente constituidas, con capitales de reserva y de garantía para asegurar sus intereses a exportadores e importadores que les confíen sus mercancías. Deben ser registradas las cargas ante autoridades competentes, tanto en el lugar de partida como en el de llegada. Posteriormente la Aduana expedirá "guías" con especificación del número y naturaleza de las cargas. Todo este complejo legal —nos interesa remarcarlo para ubicar con precisión al arriero—, separa a éste del gaucho. El arriero debe cuidar a los mulares de su recua —"su mensaje"—, a sus monturas, enjalmas, atalajes, etc., y, sobre todo, a la vasija que transporta, como los odres primitivos y después las botijas de barro cocido,

vidriadas por dentro para impermeabilizarlas, recubiertas por esteras de blanda totora y el todo rebotado en cuero fresco con la pelambre hacia adentro. Con el gremio de la arriería se hizo preciso crear el gremio de los herreros. El maestro herrero debió proporcionar las infaltables herraduras para los mulares y el especial (partido), para los vacunos. Ningún animal sin esta especial protección puede encarar los caminos pedregosos y pasar por las altas y suspendidas veredas andinas sin despearse. Aún así llegaban las haciendas y mulares a los primeros valles de Chile en lamentable estado. También hubo de encararse la industria de la talabartería, que tuvo a su cargo el proporcionar todos los recados propios del hombre de a caballo: enjalmas, árganas, sacos de cuero, petacas y todo el arnés y atalaje propio de los hombres de carguños, a base de corambre vacuna, caballar, etc., más la madera trabajada y la paja apropiada. Desde antes de 1621 está documentado que pasaron haciendas vacunas a Chile por el Paso de la Cumbre, ruta de Uspallata. Posteriormente pasarán por el Portillo. El continuo y sostenido tráfico con los pueblos del Pacífico y del interior argentino, llevó a la mocedad cuyana por las grandes rutas de esta parte de América y sus ramales viales aledaños, de tal manera que estos trajinantes llevaron y trajeron, junto con sus mercancías, noticias, novedades, costumbres y, sobre todo, caudales del folklore espiritual, con sus dichos y sentencias, sus agudezas propias, sus cantos y sus bailes.

Los arrieros fueron el primitivo lazo de unión del Mar del Sur con el Mar del Norte. De Valparaíso, Coquimbo, Santiago y Lima con Córdoba, Santa Fe y, sobre todo, con Buenos Aires: amplio e invitante portal del Mar del Norte. Estos laboriosos trashumanes constituyeron la cadena humana de enlace de los más apartados centros, porque estos arrieros eran, a su vez, los chasques que portaban cartas, encargos y encomiendas, hilvanando a una América descuartizada en un cuerpo de vida palpitante. Hombres sufridos, hechos a todas las contingencias, el sanjuanino, el mendocino y el arrojado puntano, se hicieron de los secretos de los caminos y sendas de soledad y de peligro. Acechados por mil adversidades, desde la muerte de sus mulares por la sed en tiempo de sequía, hasta el luchar con indios bravos y asaltantes de caminos. Tuvieron el don maravilloso de apelar a mil escondidos recursos para enfrentar a todas las contingencias adversas. Sufrieron el hambre y la sed; los solazos que les derretían los sesos y el frío que los aletargaba. Aprendieron a costa de martirios el orientarse en plena pampa infinita o serranía sin horizontes para adivinar cuál era la senda buena con destino seguro; tuvieron que aprender a ubicarse en cerrada noche sin estrellas para saber hacia dónde quedaba el jagüel con el agua salvadora y, sobre todo, cultivaron el arte escondido de prever ocultas acechanzas. El arriero fue el hombre que, en franca lucha con todas las adversidades, supo llegar ¡al fin! con su preciosa carga, sana y salva a los

Panorama Histórico-Folklórico de Cuyo

más lejanos poblados. Así llegó el ansiado vino, signo de la civilización del Mediterráneo, a la mesa del colono español; así llegaron las ansiadas frutas desecadas, deliciosas y salutarías, a la familia española y criolla; así llegaron los aguardientes, los arropes, los mentados alfajores cuyanos para regalo de los paladares y así llegó la necesaria ceniza de jume para la higiene primitiva. Estos hombres, castigados por soles y tempestades, portaban folklore material (todas sus hechuras pertenecen al folklore por ser de elaboración manual y de raíz tradicional española), con más su folklore espiritual, integrado por sus cantos, sus bailes y su manera de hablar. La inmensa soledad y las creencias indígenas que los arañaban, acrecentaban sus aristas mágicas. Los misterios de las poblaciones indias les llenaban las cabezas de fantasías,

poblando sus noches de visiones y voces desgarradas. La fascinante Ciudad de los Césares daba más fiebre a su imaginación. El misterio geográfico los envolvía con punzadas de sombras y dudas. Su fuego de mocedad y el aura dionisiaca les desasosegaba el corazón. Las noches inmensas de la pampa infinita los envolvía con bravíos atisbos cimarrones; los llanos los entretenían con las enyugadas voces huarpes y las cordilleras del Padre Ande los amedrentaban con sus fascinantes "bramidos de la sierra" que encogían el corazón de los más osados: El cerro desconoce", se decían y se aprestaban a las inclemencias del Viento Blanco que envuelve en sus tupidas neblinas de nieves alborotadas y, al retirarse, deja a los jinetes convertidos en momias cabalgando en mulas por siempre rígidas dando el último paso...

TONADA SANLUISEÑA

Señora dueña de casa
présteme su corredor
para cantarle una copla
con referencia al amor...

[Ay, ay de mí,
ay, qué será...
tengo un dolor en el alma
¡no sé quién lo curará!

Yo no sé qué me habrán hecho
para que te quiera tanto
y dudo que algún encanto
guardes dentro de tu pecho.

[Ay, ay de mí,
y, qué será...
tengo un dolor en el alma,
¡no sé quién lo curará!

La seña que estoy notando
en tu extraño proceder
me está dando a comprender
que a otro estás adorando

[Ay, ay de mí,
ay, qué será...
tengo un dolor en el alma
¡no sé quién lo curará!

COGOLLO

En esta junta en que estamos
una cosa yo he notado

[Ay, ay de mí,
ay, qué será...
caballero de don...
¿por qué no le habrán cantado?

PANORAMA HISTORICO FOLKLORICO DE CUYO



Especial para FOLKLORE

Los cronistas coloniales que se ocuparon de Cuyo van certificando el estado de estas poblaciones en diversas fechas. Juan López de Velasco dice de Mendoza, por 1590: "...se cosecha algún trigo, maíz, cebada y viña, todo de regadío. Hay árboles y viña; sacan buen vino que llevan al Tucumán". Se refiere, también, "al pescado de las lagunas de Huanacache". Lizárraga, por 1600, noticia que Mendoza tendrá como 28 a 30 vecinos y San Juan, como 20" (españoles).

La carreta cuyana, verdadero castillo rodante, fue el vehículo que trajinó por los llanos de Cuyo desde fines del siglo XVI hasta 1884, época de la llegada del Ferrocarril Andino a Mendoza y a San Juan. La carreta fue utilizada para el transporte de mercancías y personas, especialmente mujeres, ancianos y niños aunque se usó también para el transporte de tropas y esclavos en colleras. Provisas de dos altas y fuertes ruedas, constituidas por camas, rayos y una gruesa maza central, sostenía al eje fijo de madera del Tucumán, sobre el que reposaba el cajón o castillo, encuadrado por teloras de la que se elevaban seis estacas por cada costado, unidas en arco al costado opuesto, constituyendo así los dos muros laterales y el techo, todo recubierto por esteras de totora para guarecerse del sol. El techo llevaba una cobertura de cuero vacuno. Por medio de un largo pértigo, en cuyo extremo se aseguraba un yugo biplaza, se manejaban estos rodados. Era común agregar otros dos bueyes enjugados llamados cuarteros. Mediante la picana y picanilla se gobernaba perfectamente a los cuatro bueyes habituales de la carreta. Al encarar a los grandes pantanos se acostumbraba agregar una yunta y aún dos más a los cuarteros, porque ocurría que la primera y segunda yunta no podían sacar la carreta del barro pegajoso por no alcanzar a clavar sus pezuñas en terreno seco.

Acostumbrábase a cargar 21 botijas de barro cocido e interiormente vidriado, debidamente forradas con esteras de totora y el todo retobado en cuero crudo. Estas botijas contenían "caldos" o sea vino, o aguardiente. En la primera época colonial se usó mucho el odre.

Las carretas llevaban además, una vasija con agua potable, comidas fiambres, petacas con vestidos, armas blancas y de fuego y herramientas necesarias para el arreglo de los desperfectos que sufrían estos pesados convoyes.

Era muy penoso el paso del río Desaguadero, límite entre Mendoza y San Luis. Muchas veces hubo que pasar a la gente mediante grandes pelotas de cuero. Las penurias del cruce de este río, que sumaba las aguas del Mendoza y del San Juan, luego de rebasar las lagunas de Huanacache, ha dejado recuerdo en el folklore con este "versito":

—¿Han visto al Desaguadero
cuando crece y viene grande?
Todos preguntan por él
¡y él no pregunta por nadie!

Existen ideas muy equivocadas sobre las incidencias de los largos viajes de los convoyes de carretas de Mendoza a Buenos Aires. Para tratar esto, deben dividirse por épocas las ocurrencias habituales de estos aventurados viajes. Los primeros convoyes del siglo XVI fueron sumamente penosos por la terrible soledad y desamparo de los campos que atravesaban. Recuérdase que San Luis ofició de posta, la más provista y necesaria. Lo demás era desierto impresionante y siempre circundado de misterio, de peligros reales e imaginarios. En esa época inicial, la fantasía hispana andaba con la mente acalorada por la Ciudad de los Césares y

Por JUAN DRAGHI LUCERO

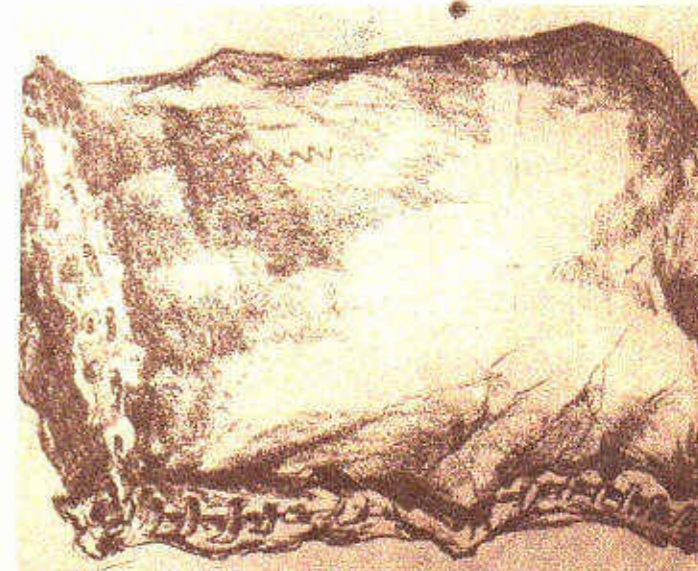
monstruos realmente infernales. Se aceptaban como reales todas alucinaciones acaloradas. A medida que transcurrió el tiempo y aumentaron los colonos, se fue conociendo mejor los campos infinitos y se apartaron las realidades de las fantasías. Los viajes fueron más regulares y pacíficos, siempre que no concordaran con épocas de malones indígenas.

Era común que los convoyes de carretas ofrecieran más seguridades a las mercancías que las arrias de mulas porque no se descargaban los bultos en las paradas del camino, mientras que en las arrias había que bajarlos y subirlos continuamente, lo que daba ocasión a las roturas, pérdidas y averías que significaban grave daño económico.

Los viajes por carreta de Mendoza a Buenos Aires duraban unos 50 días, según fuera el estado de los caminos por las lluvias. El mayor tormento era que durante las sequías no hubiera agua en los jagüeles para las boyadas. A ambos lados de la ruta se veían las osamentas de los sufridos bueyes; blanqueaban impresionantemente los esqueletos de estos útiles animales, abatidos por el cansancio, el hambre, la sed... Escoltando a los convoyes iban muchos jinetes, sobre todo mocetones arrojados, que procuraban el alimento diario con la caza de venados, guanacos, choiques, quirquinchos, perdices, etc. Oficiaban también de vigías contra los salvajes. Los boyeros debían procurar que siempre hubieran bueyes de repuesto para el tiro, en buenas carnes. Se arriaban las boyadas que esperarían al convoy en las postas. A veces se necesitaban no menos de 40 bueyes por carreta a lo largo del viaje.

La vida del carretero era mucho más compleja de lo que ordinariamente se cree. El convoy marchaba a cargo de un capataz que hasta tenía el derecho de vida sobre sus subordinados en caso de gran

peligro colectivo. Carpinteros con su instrumental primitivo y piezas de repuestos iban con las carretas para el arreglo, sobre la marcha, de las descomposturas que ocurrieran en el camino. En la gran posta puntana se proveían de maderas y otros recursos. Debe recordarse que la carreta no tenía ni un solo clavo de hierro: todo era de madera, cuero, paja y totora. En realidad la industria del transporte, del más puro corte folklórico, descansaba en el cuero y la madera. La habilidad de estos primi-



Saco de cuero usado por los carreteros para el transporte de frutas desecadas de San Juan y Mendoza.

Panorama Histórico-Folklórico de Cuyo

tipos artesanos era admirable: debían salvar peregrinos realmente difítilisimos con los medios más rudimentarios y en los campos más desiertos, donde no era dable esperanzarse en ayuda ajena. El ingenio más sutil, la inventiva más atrevida y audaz eran imprescindibles para salir airoso de todo atajo.

Este complejo de vida activa, utilísima, pertenece al folklore material, que tenía por aquel entonces una importancia que hoy se desconoce y se desvaloriza. Todo eran "hechuras" a mano del maestro carpintero y del maestro talabartero. Todo debía arreglarse con la suma de la habilidad manual, con directivas personales, sin medidas estandarizadas y acomodado a circunstancias tremendas. La artesanía improvisada se mostraba en toda su fuerza, echándose mano a los más escondidos recursos para solucionar problemas pavorosos en la soledad de los campos. Se requería renovado ingenio, fuerza, paciencia, aprovechamiento máximo de recursos precarísimos y, en fin, un maravilloso dón para "ha-

llarle la vuelta" al más endemoniado problema y con la máxima rapidez para no demorar la marcha del total del convoy, ya que no podía dejarse a una carreta desamparada. Las quebraduras de ejes y desintegración de ruedas eran los peligros mayores. Agréguese a esto la lucha con los pumas que, de noche, rondaban el rodeo de bueyes y de caballos. Estos animales, enloquecidos de terror, se desbandaban por los campos y los boyeros y maruchos tenían que reagruparlos en plena oscuridad y correr con fogatas a las fieras dañinas.

Si la sequía castigaba los campos se aparecía el terrible fantasma de la sed con los jagüeles resecos, mostrando la greda del fondo partida por los solazos... Otras veces ofrecían un resto de agua barrosa, con bueyes muertos, agusanados. Había que beber esa agua, disputándose a los animales enloquecidos por la sed. Nos quedan relatos estremecedores que pintan a los carreteros cuyanos, hombres tan sufridos como útiles, como verdaderos héroes civiles para mantener el milagro de las ciudades que levantaban cabeza...

LA GUAYAMINA

TONADA CUYANA

El veinticuatro de abril
y a las cuatro de la mañana
se oyeron los cañonazos
y del general Guayama.

No tengo dueña,
salgo a buscar
porque sin dueña
no puedo andar.
¡Ya salió la bienbonita;
no me quisiera acordar,
porque la vez que me acuerdo
me he de poner a llorar!

Dicen que Arredondo viene
levantando polvadera;
más atrás viene Guayama
como flor de primavera!

No tengo dueña,
salgo a buscar
porque sin dueña
no puedo andar.
¡Ya salió la bienbonita;

no me quisiera acordar,
porque la vez que me acuerdo
me he de poner a llorar!

Ya salimos de San Juan
tiñéndose la oración
con el general Guayama
y todo su batallón.

No tengo dueña,
salgo a buscar
porque sin dueña
no puedo andar.
¡Ya salió la bienbonita;
no me quisiera acordar,
porque la vez que me acuerdo
me he de poner a llorar!

Dicen que Guayama viene
con su espada relumbrosa
acomodando a los pueblos:
¡Chile, San Juan y Mendoza!
No tengo dueña,
salgo a buscar

porque sin dueña
no puedo andar.
¡Ya salió la bienbonita;
no me quisiera acordar,
porque la vez que me acuerdo
me he de poner a llorar!

Ya dijeron los puntanos:
balas de plomo no matan.
Del Chañarcillo sacaron
veinte mil balas de plata.
No tengo dueña,
salgo a buscar
porque sin dueña
no puedo andar.
¡Ya salió la bienbonita;
no me quisiera acordar,
porque la vez que me acuerdo
me he de poner a llorar!

Cogollo:
Apreciable fulanita,
ponga atención y repare;
oiga que aquí se lamenta
entre prisiones, un ave...

NOTA:

Esta es una de las versiones de la famosa GUAYAMINA. Ningún héroe de los que actuaron en Cuyo ha labrado las huellas que dejó el lagunero Guayama en los nativos cuyanos de fines del siglo XIX.

PANORAMA HISTORICO FOLKLORICO DE CUYO

• Especial para
"FOLKLORE"



Por Juan Draghi
Lucero

5º CAPITULO

EL cronista Alonso de Nájera, dice de Mendoza, por 1607, que hay "muchas viñas y diferencias de frutales y así hay gran variedad de cosecha de vinos, manzanas, higos y membrillos que llevan a vender en carretas, más de 200 leguas, a las provincias del Tucumán y Paraguay". De San Juan dice que "es de menos habitación que Mendoza", y de San Luis: "el más pequeño de los tres". Alonso de Ovalle, refiere de Cuyo en general: "Provéese de aquí a toda la gobernación del Tucumán, a Buenos Aires y al Paraguay, de higos pasas, orejones, granadas, manzanas, aceitunas y vino, que lo tienen mucho y muy bueno y lo trajinan por aquellas pampas con carretas tan grandes como las que se usan en Roma, que se juntan en gran número para pasar con más seguridad de algunos indios enemigos que salen al camino. Los vinos son muy generosos y de tanta fuerza que con llevarse por tierra más de 300 y 400 leguas por los calores inmensos de las pampas del Tucumán y Buenos Aires, a paso de buey, con que vienen a durar los viajes muchos meses, llegan sin recibir ningún daño... ¡y llegan hasta el Paraguay!".

De las tres provincias de Cuyo, San Luis, por gozar de una mayor precipitación pluvial, tiene la mejor vegetación arbórea autóctona de la región. Sus pastizales son los más abundosos, por lo que se impuso la ganadería extensiva desde los tiempos iniciales de la colonización. El horizonte pastoril del poblador puntano lo diferenció desde un principio del poblador mendocino y sanjuanino, que hubieron de seguir obli-

gadamente la ruta de los cultivos intensivos por la fatalidad del clima seco y la mayor abundancia de agua de río. Así, mientras las huertas de Mendoza y de San Juan eran relativos primores del aprovechamiento de la tierra irrigada artificialmente, el puntano tomó el rumbo más ganadero de Cuyo, con haciendas que se criaron a pleno campo, semicimarronas, y el hombre, para dominarlas, hubo de hacerse jinete arrojado, hecho a todas las contingencias. Son mentadas las luchas del pastor puntano con los pumas y otras fieras dañinas que atacaban a las haciendas vacuna, caballar, ovejuna, etc. Enfrentado a una guerra desigual con estos enemigos, hubo de combatirlos a campo abierto. Aprendió a luchar con el puma, al que lo "empacó" con perros y lo obligó a encararlo, para lo que se proveyó de una fuerte lanza de punta agudizada o provista de hierro, y obligó a la fiera a darle el salto, que hubiera sido mortal para el hombre si, con valor realmente temerario, no tuviera la sangre fría de maniobrar con pasmosa rapidez y dominio para hacer que la fiera se ensartara en la lanza. Con el cuchillo y las boleadoras remataba al felino, al que en otras ocasiones encaraba con su largo puñal, protegido su brazo izquierdo con un poncho y así, cuerpo a cuerpo, se destinaba a vencer y, otras, abatía a las fieras con las libes, pero no arrojándolas a distancia, sino matándolas de un certero bolazo en la cabeza ¡a dos pasos de distancia! Fueron muchas las veces que el hombre perecía en estos trances... Aparte de estos riesgosos trabajos, debió el puntano estar siempre vigilante contra los ataques sorpresivos

del indio, que se guarecía en el suroeste de la misma provincia o en el extremo austral de Mendoza. La riqueza de ganado vacuno hizo que los mapuches de Chile pasaran continuamente la cordillera para establecerse en forma más o menos estable en Malalhue, que llegó a transformarse en un puerto seco de piratas del desierto. A Malalhue afluyeron abundantemente no sólo los indios del sur de Chile sino muchos soldados españoles tráfugas que, cansados de la interminable y cruentísima guerra de Arauco, trasmontaron fácilmente las cordilleras y, confundidos con indios, aindiados, mestizos, negros y mulatos esclavos fugitivos y algunos criollos pobres y levantiscos, hicieron de aquella apartada tierra un verdadero nido de gente avezada a la guerra de pillaje.

La lucha con los indios fue haciéndose cada vez más porfiada y llena de nuevos recursos de la guerra despiadada. Las poblaciones de San Luis al sur y las del sur de Mendoza se vieron constantemente concitadas a la lucha contra las huestes de la gran familia mapuche, guerrera y con celoso sentido de consubstanciación con la tierra madre. La existencia de los pobladores del austro cuyano va a ser, hasta 1878, un continuo bregar contra el indio y sus ocasionales aliados, aluviones indescriptibles de gente irregular que pedía refugio a las tolderías en descomposición. Debe certificarse que, desde este punto de vista, existe un Cuyo del norte y otro del sur, comprobadamente diferenciados. El del norte no conoció prácticamente la lucha contra el indio, tal como los pobladores de San Juan y los sectores septentrionales de Mendoza

y de San Luis, pero las poblaciones avanzadas al austro vivieron en constante alarma. Estas avanzadas, en razón de su continuo luchar, crearon hábitos muy diferenciados de los del norte. No fueron agricultores sino más bien ganaderos; no practicaron mayormente la actividad de arrieros y carreteros; fueron osados jinetes de inclinación pastoril. La vida de frontera les da cierto carácter gauchesco, del que carecerá el resto de los cuyanos, por estar sometidos al rumbo agrícola de inclinación hortelana y de hombres de ordenados carguños. Estos hombres del sur, más audaces y aventureros por su constante lucha con el medio brávido, serán los más endurecidos, guerreros y de hábitos sanguinarios.

Ya a mediados del siglo XVII se perciben en Cuyo los caracteres que darán su filiación definitiva a sus pobladores. Mendoza y San Juan, están ya encarrilados en el manejo del agua de regadío con toda su constructiva secuela de regularidad en las labores de la tierra domada, que obligará al cultivo intensivo, hortelano, tan noble y atrayente que hará que el hombre español, siempre aventurero y afiebrado con el soñar de un Potosí minero, deje todas sus fantasías de rápida riqueza y encumbramiento y siga, paso a paso, el camino lento pero seguro del bíblico labrador. Mendoza y San Juan, gracias a sus ríos homónimos, crearon, impusieron a sus pobladores europeos y criollos la senda del hortelano del tipo valenciano, aunque la cebada, el trigo y el maíz les dieran un matiz más americano. Pero es siempre la atractiva huerta, que tiene mucho de jardín productivo, la que va a pre-



Tiplo de puestero de Huanacache, de tusgos mestizos.

valecer con más amor al frutal representado por la vid, la higuera, el duraznero, el manzano, el membrillero y otras maravillas traídas del mundo de Occidente. La industrialización de tantos productos dulces va a completar el bello complejo de una sociedad dedicada a la elaboración de bebidas y comidas fuertemente reclamadas por el paladar español, por ser familiares en la Península. Cuyo va a ser el centro que más se parecerá a las regiones tradicionalmente agrícolas de España. Las mujeres de los centros poblados de Cuyo tendrán "buena mano" para ser dulceras con la atenciosa confección de confituras, arropes, alfajores, frutas confitadas, etc., que no sólo enriquecerán la siempre bien provista despensa casera sino que quedarán grandes excedentes para la exportación. La capital sanluiseña se adornará, también, con pequeñas huertas y sus mujeres, aparte de ser tejedoras de provecho, se lucirán como dulceras. Todas estas actividades, de honda raíz tradicional hispana, ostentarán un verdadero muestrario del folklore material por ser todo realizado a mano y apelando a los recursos transmitidos oralmente de padres a hijos.

El folklore espiritual español tendrá un amplísimo campo en Cuyo para dejar semilla que aún podemos señalar fácilmente. Es indudable que se cultivaron los romances, legítimos antecesores de la "tonada" cuyana. Hoy mismo podemos oír, mechados con cuyanismos, los romances españoles de "Blancaflor y Filomena", "Delgadina", "El conde Olinos", etc., de tan antigua como honda raíz popular hispana. Si hojearnos "La Celestina" de Rojas, comprobaremos cómo los personajes de este drama se expresan con tal riqueza de sentencias, dichos, proverbios, agudezas, etc., del habla popular de la Península, que puede afirmarse que el lenguaje corriente de los colonizadores era de muy honda raíz tradicional. El elemento que pobló Cuyo no tuvo, quizá por su manifiesta humildad, las posibilidades mineras del Perú y aun de Chile. Thayer Ojeda, acucioso historiador chileno, ha demostrado que lo más pobre, humilde y desconocido del elemento español pasó a ser poblador de Cuyo en las primeras épocas de la colonia. Puede sostenerse que, sin lugar a dudas, nuestro "Folk" inicial provenía del estrato más rico en la materia, en razón de ser la última manifestación —en pobreza y humildad— de la corriente conquistadora del Oeste...

Del "Cancionero Popular Cuyano"

LA TIRANA O EL MARTIRIO Tonada mendocina

He vivido tolerando martirios
y jamás pensé mostrarme cobarde,
arrastrando unas pesadas cadenas
hasta que mi triste vida se acabe...

Ya me voy para los campos y adiós
a buscar yerba de olvido y dejarte,
a ver con esta ausencia pudiera
con relación a otro tiempo, olvidarte...

Cuando haya sellado el cielo mis penas
se acabarán mis tormentos, tirana.
Para qué te quiero ahora si dices
que me has de olvidar muy luego, mañana...

Cuando no halle cielo ni agua que digan
—Se acabarán mis tormentos, tirana,
entonces recordarás, aunque tarde,
todo lo que sufre mi alma... ¡cobarde!

Esta pieza lírica constituye una verdadera curiosidad: es la única de endecasílabos. En Chile se sostiene que es de origen chileno; en Mendoza, que es de Tupungato y se suele llamarla "La tupungatina". Este bello pleito nos dice cuánto se aprecian los caudales folklóricos a ambos lados de los Andes.

**EN MUSICA...
RECUERDE
A RICORDI**

LA MAS EXTENSA COLECCION DE DISCOS CLASICOS Y POPULARES.	RADIO COMBINADOS TELEVISORES		ESTUDIOS Y METODOS PARA TODOS LOS INSTRUMENTOS Y CONSERVATORIOS	PIANOS VIOLINES FLAUTAS DULCES GUITARRAS ACORDEONES
R	i	c	o	r
FLORIDA 677	FLORIDA 370	FLORIDA 370	FLORIDA 370	SARMIENTO 1771

TODO LO QUE LA MUSICA Y SU DIFUSION EXIGE LO ENCONTRARA EN RICORDI, UNA FIRMA DE PRESTIGIO MUNDIAL UNIDA DESDE HACE MAS DE UN SIGLO Y MEDIO A LA HISTORIA Y DIFUSION DE LA MUSICA.

RICORDI LA NOTA MAS ALTA EN MUSICA

PANORAMA FOLKLORICO

HISTORICO DE CUYO

• Especial para
"FOLKLORE"



Por Juan Draghi
Lucero

VI CAPITULO

EL cronista Diego de Rosales al referirse a Cuyo, a mediados del siglo XVII, se detiene en las pesquerías "de las célebres lagunas de Huanacache". Luego certifica la gran mortandad de indios, cuya falta para esta época ya hacía necesaria la traida de esclavos africanos para salvar la economía. "El vino de Cuyo es mucho y bueno —sigue el cronista— y, llevado a Buenos Aires suele valer la botija de 20 a 30 pesos. De allá traen, de tornavuelta, ropas y mercancías necesarias". Rosales nos da la medida de la mentalidad de la época al asegurar que en Cuyo hay indios con cola "y para sentarse la arrollan y se sientan sobre ella". Si un ilustrado jesuita afirma esto, ¿qué no pensarían las mentes del sector "Folk" cuyano? Hay que confesar que se vivía en asocio al misterio. El Demonio, en todas sus formas, rondaba siempre alrededor de los pobladores: de aquí la riqueza del curanderismo, las creencias y supersticiones que aún hoy son notables en Cuyo.

Lo cierto y documentado es que esta región, ya para mediados del siglo XVII, tiene trazado su rumbo estable. El acabamiento de los útiles indios huarpes —vendidos como esclavos en Chile— hace que los capitalistas mendocinos se procuren esclavos africanos que, desde Buenos Aires, llegan en colleras a Mendoza para pasar a Chile y de ahí al Perú, a las plantaciones de caña de azúcar. Se consigue con las autoridades que muchas de las buenas "piezas" —así se llamaba a los esclavos—, queden en poder de familias pudientes de Mendoza y de San Juan, mediante compras realmente elevadas. Un esclavo valía en los pri-

meros tiempos más de 600 pesos de oro, cantidad con la que se podía comprar varias manzanas de tierra en el centro poblado, por gran falta de elemento humano laborioso. Conviene noticiar que el negro ejercerá gran influencia en la vida económico-social de las dos más pobladas capitales de Cuyo: va a permitir a los terratenientes agrandar sus cultivos, sus negocios, sus medios de transporte... El negro resulta la máquina de trabajo más maravillosa que existió jamás. Carente de derechos y cargado de obligaciones, el esclavo africano no sólo trabaja con gran rinde, sino que es el escudero del amo. Extrañado brutalmente de su tierra africana, no tiene como el indio nativo consubstanciación a esta otra tierra. El negro es extranjero, desnaturalizado y en plena fatalidad servil. Su misión es el trabajo sumiso... Este sufrido elemento ejercerá su influencia hasta casi a mediados del siglo XIX. La infantería del Ejército de los Andes era de color.

Con el aporte negro, numeroso en Mendoza, mediano en San Juan y casi ausente en San Luis, va a incidir en la composición étnica de Cuyo. La Iglesia en sus libros de bautismo, divide a la población en seis estamentos, a saber: Peninsulares y criollos, o sea el elemento de sangre española pura, porque el criollo es hijo de padre y madre peninsulares; el indio y el negro. A estos tres elementos, los consideró "razas puras" y, como resultante de la convivencia de estos pueblos, advinieron: los mestizos, de padre español o criollo y de madre india; los mulatos, de padre blanco y de madre negra, y los zambos, producto indiscriminado de indios y de negros. Aquí es donde se

muestra el trascender ándrico del ibero, que dio por resultado una población numerosa de mestizos y mulatos, mientras que los zambos fueron escasísimos según estos registros. Se certifica así el sentido gínico de Precolombia y del Africa encadenadas, que dieron sus mujeres fecundas en actitud sumisa y servil. Estos hechos, incontrovertibles de gran contenido social, van a incidir poderosamente en el primitivo rumbo folklórico. En el siglo XX grandes aluviones humanos de diversos orígenes harán que el pueblo cuyano divida sus rumbos.

Conviene recordar que la esclavitud negra no sólo va a salvar la economía de Mendoza y de San Juan, sino que le van a dar un impulso extraordinario. Así como no se concibe hoy que familias pudientes no posean automóvil, así era inconcebible en la época colonial que la gente de capital no poseyera esclavos porque, a parte de ser utilísimos, daban a sus amos un verdadero sentido de aristocracia y de señorío. Había familias mendocinas que tenían hasta 18 esclavos. Con ellos cultivaron las viñas, frutales y cereales: con este nuevo elemento se cuidaron las estancias del sur y negros y mulatos fueron, en gran parte, los arrieros y carreteros que trajinaron por llanos y serranías, portando productos primarios e industrializados de la tierra y retornando con mercancías manufacturadas de procedencia europea. El mestizo, el negro, el mulato y el zambo, tan injustamente olvidados hoy, fueron los que cimentaron no sólo la gran economía regional sino que realmente constituyeron los sillares del elemento popular cuyano. Los criollos puros de las primeras épocas siguieron el entonado

rumbo paterno, o sea que se destinaron a ser funcionarios públicos, terratenientes con visión guerrera y aventurera. Se consideraron —y lo tuvieron a muy alta honra— ser legítimos herederos de las glorias de la fabulosa España, señora otrora del mundo. Con el andar del tiempo y el continuo acrecentarse de su riqueza, pretendieron ser descendientes de campanilludos troncos de la nobleza hispana, lo que es realmente falso, por estar documentado que el elemento peninsular, después de pasar por los trasiegos de Panamá, Lima y Santiago de Chile, llegó a Cuyo lo más humilde y pobre, como final expresión integral de la penetración del oeste.

Los seis estamentos sociales que, a partir de mediados del siglo XVII se vigorizan y perfilan con caracteres bien definidos, van a influenciar fuertemente a sus medios. En el injustamente llamado "pueblo bajo", el mestizo, el mulato, el zambo y el criollo desbarrancado económicamente, tejerán la urdimbre de las tradiciones mendocino-sanjuaninas. Aquí estarán en gran parte las raíces nutricias del folklore hoy llamado criollo, que aflorará clamorosamente después de 1820 con la aparición tumultuaria de los montoneros.

La irregularidad de la familia colonial está sobradamente documentada en numerosísimos pleitos que pueden verse en nuestros archivos históricos. El acucioso investigador Levillier lo certifica. De esta situación no hay que apresurarse a culpar a determinado estamento social: es que el clima moral prevalente en América, irregular, pasional y muy libre de toda sanción de justicia, inclinaba a estas prácticas. Existía un aura de sentimiento pasionales, exacerbada por un

PANORAMA HISTORICO FOLKLORICO DE CUYO

trascender dionisiaco que llevó a simbolizar a Preco-cumbia en la mujer atónita, usada por el íbero, superior y dominante, que ostentaba todos los atributos de la masculinidad en un mundo fácil y sometido. Esto lo vemos aun mucho después de la llegada de la mujer española, que permitió la constitución del hogar regularizado y aparentemente perfecto... Pudientes mendocinos sostenían serrillos de mulatas, elemento humano que ostentó un marcado sentido lúbrico con fatalidad biológica. Los historiadores que "no se aplican" las luchas fratricidas de gran parte del siglo XIX tienen aquí las raíces de aquellas porfías pasionales. Las huestes desaparejas de los caudillos llevaban este fermento madurado en los mil encontronazos de estos horizontes sociales, donde hervían en diferentes grados de pasión las injusticias de los amos ibéricos y los yugos de indios y negros; los resentimientos de mestizos, mulatos y zambos; las punzadas dionisiacas que fluctuaban de la guitarra al puñal, del puñal a la lanza y de la lanza al caudillo atrayente, paternal, desabrensivo... Estos se llamarán Facundo Quiroga, Félix Aldao —que se trajo a Mendoza tres peruanas de Li-

ma—, Nazario Benavidez, Sáa, Martina la Chapanay, José Santos Guayama... Todos ellos vivieron en aura folklórica, vale decir entre elementos de "cultura detenida" y rindieron, unos más otros menos, culto a las pasiones desencontradas del poverío que nunca pudo hallar su centro...

Esta singularísima tonada no se canta en las fiestas ni en juntas alegres. Se entona como un cantar sagrado, de noche, a la orilla del fuego, con la guitarra destemplada "a lo fúnebre", y es de rigor que todos guarden silencio y se descubran, porque es Tatita Dios el que canta sus humillaciones por "los ricos soberbios que, en justo castigo, nunca conocerán la Gloria". Su música puede verse en el "Cancionero popular cuyano", recopilación del autor, página 604.

Del Cancionero popular Cuyano

Tonada sagrada de la Cordillera

SALIO UN POBRE UNA MAÑANA

Salió un pobre una mañana y a casa de un rico llegó; con el sombrero en la mano ¡por amor de Dios pidió!
—¡Por amor de Dios te pido de lo mucho que tenéis un trapo para ponerme ¡que vengo como me veis!...

Levantó la vista el rico y lo miró y se sonrió:
—Un mocito como vos y estando en flor de la edad te hayas puesto a trabajar, ¡te hayas puesto a trabajar!
—Mi padre fue labrador y ese oficio no he tenido; yo, por mis grandes desdichas, ¡a tus puertas he venido!...

—No hay duda que tú serás un ladrón de capitales y hayas venido a mis puertas ¡a robarme mis caudales!...
—Ese no es mi proceder, ¡ese no es mi proceder!
Soy Capitán de la Gloria ¡y es tan grande mi poder!...

Ya da vueltas su caballo, muestra la herida al costado, ¡la herida de Jesucristo con que redime al cristiano!...

Levanta su vista el rico y... ¡al suelo se arrodilló!
—¡Perdóname, Padre mío, perdóname, por quién sois!...

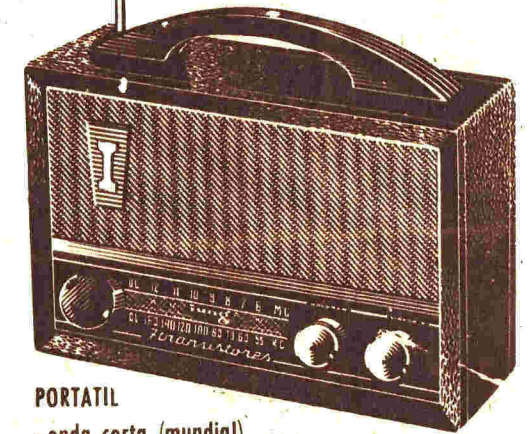
—Vean al rico soberbio: ¡tarde ha conocido a Dios!...
Ya las puertas de la Gloria ¡son cerradas para vos!...

Y dijo el que fue soberbio, todo en lágrimas bañado:
—¿De qué me sirven riquezas si yo ya estoy condenado?...

COGOLLO:

Oigan, nobles caballeros, aquí acaban estos versos de este rico soberbio: por no dar una limosna prefirió d'ir al Infierno, ¡prefirió d'ir al Infierno!...

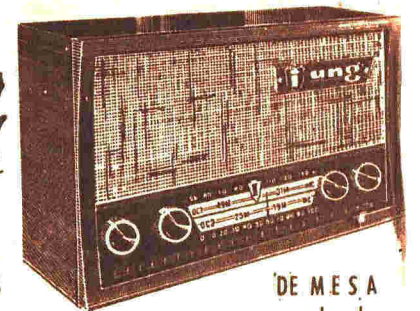
excepcionales
receptores a transistores



PORTATIL

- onda corta (mundial)
- onda larga

- 7 Transistores
- 2 diodos
- pilas comunes



DE MESA
con banda
ensanchada
en onda corta

RADIOS **iung**

LA MAS EXTENSA COLECCION
DE DISCOS CLASICOS Y POPULARES.

RADIOS
COMBINADOS
TELEVISORES

EN
MUSICA...
RECUERDE
A RICORDI

ESTUDIOS Y METODOS
PARA TODOS LOS
INSTRUMENTOS Y CONSERVATORIOS

PIANOS
VIOLINES
FLAUTAS DULCES
GUITARRAS
ACORDEONES

TODO LO QUE LA MUSICA Y SU DIFUSION
EXIGE LO ENCONTRARA EN RICORDI,
UNA FIRMA DE PRESTIGIO MUNDIAL UNIDA
DESDE HACE MAS DE UN SIGLO Y MEDIO A
LA HISTORIA Y DIFUSION DE LA MUSICA.

R i c o r d i

FLORIDA
677

FLORIDA
370

SARMIENTO
1771

RICORDI LA NOTA MAS ALTA EN MUSICA



PANORAMA-HISTORICO FOLKLORICO DE CUYO

Especial para
FOLKLORE
•
Por Juan
Draghi
Lucero

VII CAPITULO

NO se puede hablar del Cuyo colonial sin referirse especialmente al problema del indio. De las tres capitales cuyanas, la que más sufrió los embates de los indígenas fue San Luis, cuyas pobreza y luchas son realmente impresionantes. El sur de San Luis y de Mendoza fueron campos de tupidos encuentros entre españoles y criollos por un lado y los mapuches y conglomerados pampas por el otro.

Para encuadrarse con cierta propiedad en este problema histórico, debe procederse a tratarlo por épocas. El guerrear entre autóctonos y el hombre advenedizo va a comenzar en realidad desde 1541 con la fundación de Santiago de Chile y terminará por 1878 con la culminación de la Conquista del Desierto, gracias a las nuevas armas de retrocarga.

Es largo y embrollado de contar los diferentes choques entre los llamados salvajes y los cuerpos regulares de españoles y de criollos; lo cierto es que este dilatado y cruento batallar admite dos grandes y bien definidas épocas, que son: la anterior y la posterior a la conquista del caballo por el indio.

Heimos creído que el indígena de a pie seguía representando al ente humano atónito de Precolombia, dentro del elemental complejo prehistórico del arco y la flecha de piedra. Este hombre no representó para el aguerrido español un grave problema. El soldado de Carlos V y de Felipe II, con su cota de mallá, su casco, su soberbio rocín de guerra, su arcabuz y bien templada espada, pudo descalabrar fácilmente a las primitivas huestes indias, que apenas oponían

su desnudo pecho en los campos cuyanos. El fuerte y bien apercebido guerrero español entraba a estas masacres bajo la advocación de "Santiago y a ellos", como entraron sus padres en la guerra contra los moros, pero aquí como un simple juego guerrero. El indígena atónito creyó que estos seres atropellaban una sola unidad biológica con el temible rocín de guerra, y que los estampidos de los cañones y arcabuces eran realmente manifestaciones infernales, incompatibles.

La larga guerra de Arauco irá demostrando a los mapuches una serie de verdades que iluminarán el camino del futuro en los campos de porfias. Caupolicán y Lautaro van a enfrentarse decididamente a los españoles: marcarán el final de una época y la iniciación de otra. La verdad es que en los tupidos encuentros en el sur de Chile, los araucanos —que se extendían al sur de Mendoza—, aprenderán novedosos recursos de la estrategia europea: de aquellos soldados hechos a vencer ejércitos aguerridos en los campos de Francia, Italia, Países y demás teatros occidentales de contiendas.

Ya a fines del siglo XVI certifiéase que los araucanos están aprendiendo a manejar el caballo. Habían comprobado en sus derrotas la influencia decisiva de la participación del equino en las contiendas guerreras, y se propusieron munirse de ellos a toda costa y así se los ve entrar a lugares donde pacían estos rocines y arrebatárselos también en pleno hecho de armas. No hubo riesgos que no encararan para llevarse caballos a sus rucas. El caso es que el indio en Cuyo

meridional va muniéndose de este gran recurso y ya en los albores del siglo XVII hay osadísimo jineteres indios que atacan a las poblaciones fronterizas al sur y al oriente. Montan novedosamente en corceles de guerra y tan bien enseñados que son muy superiores a los de los españoles y criollos. Es que el indio educa su caballo para la guerra de sorpresas, llena de ardidés, y para superar todos los inconvenientes topográficos. Les quita el peso de la montura y del freno castellanos y, como verdadero domador, lo monta en pelo o con apenas un cuero de oveja; con huatana de blando y liviano cuero lo maneja a su gusto, todo gracias a una pacientísima enseñanza. Tal caballo guerrero, hecho a todos los sufrimientos y resistencias, va a enfrentar victoriosamente a los españoles. Esta trascendental conquista da al indio una movilidad tres veces superior a la de los españoles. Son fantásticas las trotadas en el desierto y el dominio sapiente de todos los peligros del terreno, tales como ciénagas traicioneras, huadales, pastos venenosos, corrientes de agua, etc. En fin, la conquista del caballo por el indio de guerra va a sacar al autóctono de su atonía prehistórica y lo va a elevar a un horizonte móvil realmente maravilloso y fascinante. Las trotadas de los araucanos argentinos los llevarán al sur de San Luis, al suroeste de Córdoba, al oeste de Buenos Aires y van a rescatar estos auténticos hijos de la tierra inmensos dominios, ahora poblados por vacas, ovejas y tupidas manadas de caballos salvajes. Una nueva era, abundosa, aventurera y plena de incitaciones varoniles, se abre ante el que por milenios marchó a pie, sin tónica, sin cambiantes horizontes. Ahora el indio, caballero en potros alados, va a devorar distancias increíbles y, subido al nivel del occidental, desafiará cara a cara al invasor. Hecho fatal, de rebotante contenido histórico, la conquista del caballo por el indio, cambiará radicalmente el cuadro primitivo de rezago precolombino se encumbrará a ser el verdadero exponente de América. El mapuche, el pampa, preparan al tenor andrónico, similar al ibérico, y harán la guerra de malón en respuesta a la guerra española de "maloca", de sentido sorpresivo y huyente. Ahora vuelve para matar hombres, incendiar casas, arrasar sembradíos y, sobre todo, para cautivar mujeres blancas, cristianas, españolas... De este nuevo fenómeno nacerán mestizos, ahora de padres indios como en el sur de Chile y de Mendoza y San Luis y el orgullo español, siempre empujado, será humillado al ver a sus inaccesibles mujeres en poder de los llamados salvajes, enriqueciendo serrallos paganos y contribuyendo, a su pesar, a dar un nuevo matiz al indescriptible mosaico racial americano. Desde el punto de vista folklórico, interesa ocuparse de una de las tragedias más horribles y sentidas que generó la penetración española. Malalhue, al suroeste de Mendoza, fue el temido centro de depredaciones indígenas. Allí se refugiaron los hombres más ingobernables de que haya memoria: soldados españoles tráfugas de la interminable guerra de Arauco, negros y mulatos alzados; zambos, mestizos aindiados y criollos pobres con cuentas pendientes con la justicia. Esta mezcla humana va a azotar al oriente y al norte con fugaces guerras de pillaje a los centros abundosos y a los campos de crianza. La guerra con el indio atacante va a crear la nueva tragedia de la cautiva, que es la mujer arrebatada en pleno incendio guerrero para ser pasto de tokis y capitanejos. Nadie como la cautiva va a sentir el dolor inmenso de verse ultrajada por bárbaros, después de haber asistido al lanceamiento de su marido y familiares y al incendio de su casa. Muchas cautivas han dejado a sus hijos blancos, legítimos, en el poblado destruido para después verse cargada de hijos indios en las tolderías de pesadillas, donde se convierten en "chinas". Ningún poeta ha que tenemos relatos estremecedores del cautiverio de mujeres cantado todavía la suma del dolor de la cautiva, a pesar de blancas, que padecieron lo increíble en poder de los bárbaros: algunas de ellas sumaron tantas desdichas que se negaron —cuando pudieron hacerlo—, a retornar a sus antiguos lares por no abandonar a sus nuevos hijos; aplanada ya por el renunciamiento a la vida. La cautiva es el símbolo del derrumbe sentimental...

TONADA CUYANA

MI BIEN CUATRO COSAS TE PIDO...

Mi bien, cuatro cosas te pido
y esta ha de ser la primera:
que para cuando yo me muera
¡nunca me echés en olvido!
Prienda que tanto he querido,
corazón entre amarguras,
nunca quise a otro criatura
como al extremo que a ti,
y así: acórdate de mí,
¡mi alma, mi bien, mi hermosura!...

La segunda es, cielo amado,
que cuando me esté muriendo
no estés donde te esté viendo
que muero desesperado.
Y, cuando ya amortajado,
me cubran de hábito y velo
llorarás, si tienes duelo,
de ver mi triste desvío...

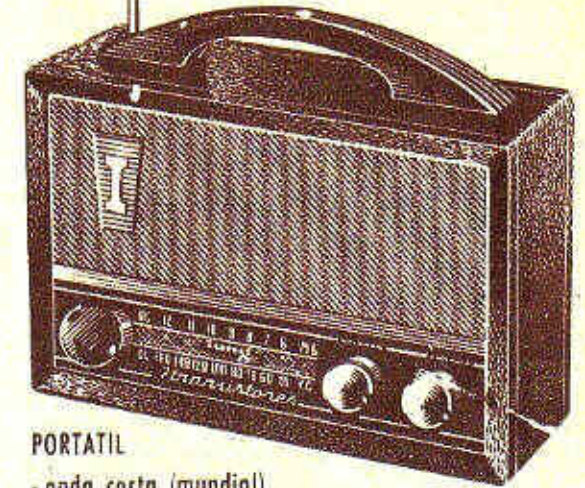
Triste tonada que muestra la medida pasional cuyana. El amor y los celos llamean en esta despedida. Su música puede verse en el "Cancionero popular cuyano", recopilación del autor, pág. 598.

Y así, te pido, bien mío,
¡trata de tener consuelo!...

La tercera es, vida mía,
que desde el punto en que muera,
Por Dios, me rees siquiera
por tanto que te quería.
Nunca demuestres alegría,
siempre muestra desconsuelo
que verás morir tu cielo
en un continuo penar...
¡trata de tener consuelo!...

Esta ya es mi despedida
y última que pido a vos:
¡y es que no quieras a dos
en los restos de tu vida!
Esta ya es mi agonía
porque la muerte me apura;
ya muere tu desventura
separémonos los dos...
Adiós, para siempre, adiós,
¡mi alma, mi bien, mi hermosura!...

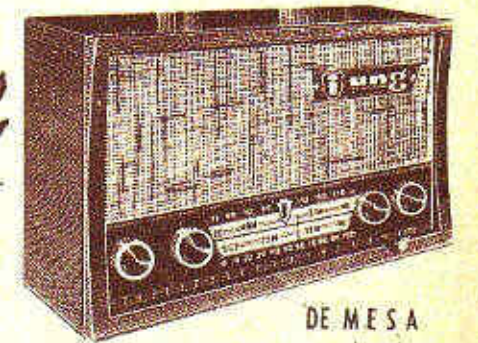
excepcionales
receptores a transistores



PORTATIL

- onda corta (mundial)
- onda larga

- 7 Transistores
- 2 diodos
- pilas comunes



DE MESA
con banda
ensanchada
en onda corta

RADIOS **iung**

PANORAMA HISTORICO-FOLKLORICO DE CUYO

Por
JUAN DRAGHI
LUGERO

CAPITULO VIII

En la segunda mitad del siglo XVII, Mendoza y San Juan vigorizan su economía al acrecentar el volumen de sus exportaciones de vinos, aguardientes, frutas desecadas, arropes, alfajores, etc. San Juan exporta lana de vicuña, también, y San Luis sus tejidos, justamente apreciados. Las dos grandes ciudades de Cuyo mandan grandes arrees de vacunos a Chile, aparte del charqui que los arrieros llevan a lomo de mula. Mucho de este ganado procede de San Luis. De vuelta, los arrieros traen de Chile productos manufacturados de procedencia europea, recibidos por el puerto de Valparaíso. La esclavitud negra es la verdadera máquina de producción, muy superior en rindes a la indígena, que ya se va terminando.

En pleno vigor la economía mendocino-sanjuanina con el aporte de renovados elementos de la esclavitud africana, ya se pueden ver, bien definidos, los diferentes estamentos sociales y, sobre todo, las escalas de carácter económico. El capitalista de ambas ciudades posee ordinariamente una casona en el centro de la capital, una chacra con viña, bodega y horno botijero en los alrededores de la población y, por lo menos, una estancia en Tunuyán, (valle de Uco) o Calingasta, etc. La economía está manejada en tal forma que los terratenientes hacen pie en la producción pastoril, agrícola e industrial. Es realmente admirable cómo se van estructurando los cimientos de la potencialidad económica de las grandes familias. Ya se tiene minería activa en Uspallata, Hualilán y muy luego en La Carolina.

San Luis sigue su rumbo de pobreza y siempre a las puertas del ataque indígena.

La geografía de la producción ha cambiado tanto en San Juan y en Mendoza que hoy cuesta creer que lugares que carecen de toda importancia económica, ocuparon en la época colonial un primer plano. Esto ocurre, precisamente, con lo que antaño fueran las mentadas lagunas de Huanacache, hoyadas naturales a las que convergían los caudales acuíferos de los ríos Mendoza y San Juan. Hasta principios del siglo XX, el paraje de las Lagunas fue uno de los más poblados y abundosos de todo Cuyo. Situadas en el límite de estas dos provincias, se aproxima tanto a la de San Luis que bien puede afirmarse que Huanacache fue el centro geográfico, económico y pasional del fenecido Cuyo de la tradición. Muchas causas concurrieron para dar a estos maduros lugares la fama de que gozó. Históricamente tienen un gran significado: por allí hubo de pasar D. Francisco de Villagra, el descubridor de Cuyo, en 1551. Los misioneros jesuitas le prestaron preferente atención: fue el primero el padre Juan

Pastor, por 1612. Las cartas anuas se refieren con extensión a estos lugares. Don José Miguel Carrera, prohombre de la Revolución chilena, fue derrotado en esos lugares, en la Punta del Médano y luego fusilado en Mendoza, en 1821. Por esas cercanías pasó Facundo Quiroga con sus huestes para sojuzgar a Cuyo y allí nacieron y agitaron sentimientos la mujer más extraordinaria de la región y quizá de la Argentina: Doña Martina la Chapanay y luego el caudillo lagunero D. José Santos Guayama. Estos dos últimos personajes dan la medida cabal de la suma de la pasión de Huanacache. Son hijos representativos de la tierra y de la tradición huanacachina.

Huanacache fue, en su dilatada época de esplendor, un verdadero Egipto cuyano. La abundancia de agua fecundante con sus crecidas anuales hizo que se sembraran cereales en la forma usual en el Nilo, y eran de tanto rinde las cosechas que miles de fanegas de trigo se llevaron a los centros poblados y aun a Buenos Aires. Está documentado que la ganadería, la agricultura, la caza y la pesca se desarrollaron como en ningún otro sitio de Cuyo. No hubo, sin embargo allí, gran producción vitivinícola ni de montes frutales. Fue el trigo su expresión saliente en agricultura.

Desde época remotísima fue Huanacache el "habitat" de los indios huarpes. Durante la colonia muchos españoles buscados por la justicia, se refugiaron en esos inmensos bañados y allí se quedaron para siempre; lo que dio origen a un nutrido mestizaje. Aun hoy puede verse en los escasos pobladores los rasgos del mestizo. Se localizan al tronco hispano por los apellidos que concuerdan con colonos de los siglos XVI, XVII, XVIII.

El jesuita Olivares nos informa que para cazar aves acuáticas estos indígenas arrojaban calabazas (porongos), a las lagunas, de tal manera que estas aves se familiarizaban con ellos. El cazador se metía en el agua con la cabeza oculta dentro de este artificio, se acercaba lentamente a las piezas que deseaba cazar y, por debajo del agua, la tomaba de las patas, sumergió al ave y allí la ultimaba silenciosamente: es la caza sin ruido ni alarmas. Ha sido tan abundosa la cacería en estos lugares que hoy pueden verse médanos de cáscaras pulverizadas de huevos de avestruz. Hay notables yacimientos de puntas de flechas y algún resto de alfarería indígena.

Mucho de lo que resta en la actualidad del folklore cultivado antaño en Cuyo a la existencia apacible de Huanacache de otros tiempos. Nos quedan preciosos relatos de la vida de estos pescadores laguneros que en sus originales balsas de totora (iguales a las que se usan en el lago de Titicaca), entraban aguas adentro a fuerza de palo (casi no usaron los remos), y por

medio de redes cosechaban de esas quietadas aguas del Ande gran cantidad de pescado. Conducido a tierra, era limpiado y colocado en "sartas" de totora, esto es: se les hacía pasar una trenza de este monte cieneguero por las branquias y así era colocado en "chihuas", también de totora, y llevado "con la fresca de la noche" a San Juan y Mendoza. Entraban los pescadores a estas capitales con sus marchosas mulas cargadas del sabroso pescado y ofrecían a gritos su mercancía, que era muy apreciada. Hay anécdotas de este comercio y aún subsiste en Mendoza la "Calle de los Pescadores", vía por donde entraban los huanacachinos con su carga alimenticia, más el rico patay, huevos y "chaya" de avestruz, quirquinchos, vistosos canastillos de adornos, loros, catitas y otras producciones del más puro folklore material, como maneas, lazos, pellones, ponchos y frazadas tejidas a mano. Traían, también "grasa de león y de víbora" para las friegas que usaban los curanderos que sanaban del reumatismo o "pasma" a los viejos que se destapaban de noche y los "agarraba" el frío de la madrugada. Los pescadores, patayeros y catiteros de Huanacache son recordados por los viejos criollos de San Juan como se recuerda a algo querido que nunca volverá...

La curiosidad artística que rindieron las lagunas de Huanacache se atesora en los más célebres museos del mundo como una manifestación original, autóctona, de esta parte de América. Se trata de los celebrados "Canastillos de Huanacache", que es una hechura manual, de finísima artesanía, tejida con determinada paja cieneguera. La forma de estos canastillos, muy solicitados por las dueñas de casa para costureros, representa el vientre materno de Pacha Mama, la dura multipara deidad precolombina, la hembra de los pedregales del Padre Ande... Esta originalísima expresión del tejido artístico autóctono de Huanacache, fue usado antaño como recipiente para guardar agua, la que se mantenía por la naturaleza del continente, siempre fresca. "No se salía ni una gota", anotan los cronistas, pero con el

advenimiento de los conquistadores hispanos, que trajeron para conservar líquidos envases de metal, el canastillo deriva hacia otros usos, siempre adornado con motas de lana teñida con gustos del arte precolombino. La omnipresencia de la maternidad, del múltiplo, no sólo está representada por la forma del vientre en estado de manifiesta gravidez, sino por los "hijitos" ya nacidos que siguen amamantándose en los pechos maternos. Cuando a una tejedora de Huanacache se le encargaba —y aún quedan algunas— que confeccionara un canastillo, ella ordinariamente preguntaba: "¿Con cuántos hijitos lo quiere?". Estos "hijitos" son otros canastillos, con la misma forma, pero tan diminutos que representan, cabalmente, a la "huahua", o sea al niño de pecho.

El todo trasciende a fluyente maternidad; más aún: con innegable mensaje del matriarcado que todavía alienta vida. Son los últimos alientos de Pachamama, deidad precolombina, la de los múltiples sagrados de la Vida, la voz acallada de los altiplanos humanizados del Ande que todavía no da la última boqueada a pesar de la guerra de 400 años que le hace la Iglesia.

Hoy, estos inmensos campos de Huanacache, son arenales y salitrales de la sed. Se han transformado en tristísima "travesía". Muy poca gente puede perdurar allí. Se aferran, sin embargo, al yermo nativo muchos mestizos cuyos rasgos somáticos proclaman la pervivencia de las primitivas madres huarpes. Lugar de pasión por la suma de hechos prehistóricos y de dominio histórico, es tierra de etnología y folklore, como lo acreditan las puntas de flechas y la pervivencia de antiguos cantos: tal "Campanitas del Rosario", tonada del lugar. Precisamente a la Capilla del Rosario concurren criollazos de Mendoza, de San Juan, de San Luis, de Córdoba y La Rioja a la fiesta religiosa del primer domingo de octubre y luego a la fiesta pagana, donde se lucen las mejores tonadas, cuecas, gatos, refalosas, malambos y otras muestras de la lírica y coreografía regional...

EL GRAN SALOMON

El gran Salomón lloró
la ausencia de su querida;
Marco Antonio dio la vida
a los pies de la que amó.
Qué extraño es que lloré yo
esta cruel separación,
siendo que a mi corazón
no le es dado el lamentarse;
sí hasta le privan quejarse
cuando le sobra razón.
Sí, sí, sí, sí, sí... sí, sí,
¡cuando le sobra razón...!

Esta es una de las tonadas más aristocráticas de la región cuyana. Se cantó en la llamada alta sociedad a fines del siglo pasado. Hoy se canta preferentemente la primera parte. Véase su música en el "Cancionero popular cuyano", recopil. del autor, pág. 600.

Tonada Cuyana

Ayer, triste suspiraba
por el dulce encanto mío
y de mis ojos un río
el corazón me anegaba.
Y mientras tanto lloraba
me puse a considerar
que dado el hombre a llorar
y entregado a su dolor
y ví que el que tiene amor
¡a todo se ha de entregar!
Sí, sí, sí, sí, sí... sí, sí,
¡a todo se ha de entregar...!

PANORAMA HISTORICO FOLKLORICO DE CUYO

Especial para
FOIKLORE

Por JUAN
DRAGHI LUCERO

FOLKLORE ha querido ilustrar esta sección con la firma de uno de los más eminentes publicistas de tierra adentro, y aun podríamos decir "de tierra afuera". Juan Draghi Lucero es un folclorólogo de acendrada vocación. Su Mendoza natal ofreció al asombro de su infancia, a la curiosidad inteligente de su adolescencia, y a su meticulosidad de investigador adulto los primores inéditos de la vida rural; y él volcó sus contenidos en densas y bellas obras. Pero Draghi Lucero es mucho más que un folclorólogo ilustre: es un historiador de los que han agotado los archivos de documentos en larguísimas búsquedas, y un insigne escritor. Su libro "Las mil y una noche argentinas", a base de temas folclóricos, puede incluirse entre las obras más hermosas de la literatura argentina de todos los tiempos. Manuel Gálvez, el afamado novelista, ha expresado que Juan Draghi Lucero es uno de los escritores más grandes de América rural.

CAPITULO NOVENO

REPIERESE el cronista Olivares al "ameno valle de Mendoza" y tanto exalta la fecundidad de sus tierras irrigadas, que asegura que les sobra para repartir a otras tierras "vino, aguardiente y frutas secas". Se queja, sin embargo, del azote periódico del granizo y de las grandes mangas de langostas, las que ostentan en sus lomos letras que significan el bíblico "Ira Del".

De San Luis sostienen que es muy pobre, carece de viñas, vino y trigo, pero "de alguna algarroba que hay hacen una chicha o sidra muy apetecida". Certifica la existencia de gran cantidad de tigres (pumas), que diezman los ganados, bovino, caballar y ovino en los campos sanluiseños.

De San Juan nos informa que "es tierra muy fértil. Sacan de cosecha mucho aguardiente a que reducen lo más del vino que elaboran y del que obtienen su mayor interés, transportándolo a Buenos Aires, Santa Fe y Salta". Por esa época (segunda mitad del siglo XVII), San Juan aventajaba en algunas producciones a Mendoza.

El padre Lozano, al referirse a Cuyo insiste, como sus antecesores, en hacer resaltar la esclavitud que soportaron los indios huarpes, que eran vendidos por los españoles como esclavos en Chile o alquilados. Lo cierto es que el extrañamiento de estos indígenas, más las pestes y el alcohol, acabaron prontamente con ellos, cuyo origen en esta región la explican algunos historiadores como provenientes de un "mitimae" incásico, o sea el trasplante de un pueblo, que era originario del norte del Perú, a Cuyo para hacerlo servir de paragolpe entre la expansión meridional del Inca y la frontera septentrional del "Butalmapu", o sea la "Gran patria" araucana (mapuche). Ya por esta época se había afianzado el gran comercio por la ruta que pasando por Mendoza y San Luis, va de Buenos Aires y Santa Fe a Chile. La yerba "caa" (yerba mate), se exportaba en gran cantidad, envasada en zurroneos, desde las misiones guaraníicas a los centros poblados de Chile, Perú, Centro América y México. Desde México venían cantidades de cacao para la confección del apetecido chocolate. Este comercio fue de real importancia durante la época colonial; posteriormente, ya en el siglo XIX, el té inglés y el café van a ir desalojando a la yerba mate de la costa del Pacífico en América.

Los jesuitas del Paraguay crearon e incrementaron vigorosamente las exportaciones de la Ylex Paraguayensis (yerba mate) que intercambiaban con el chocolate producido por los jesuitas de México. Este comercio intercontinental favoreció extraordinariamente

las actividades de arrieros y carreteros cuyanos, aparte de los derechos de pontazgo y otros que oblabaron, todo lo que dio impulso a las corporaciones de arriajes y de carreteros, en gran parte establecidos en Cuyo.

Hemos sostenido, y hoy reforzamos la tesis, que el cuyano, especialmente el sanjuanino y el mendocino (y aun el riojano), se apartaron decididamente del horizonte gauchesco. Estos cuyanos de a caballo difieren del hombre pampeano en que la omnipresente agua de regadío (Mendoza y San Juan están desde su origen servidos por las aguas de los ríos homónimos), creó en los pobladores europeos los hábitos del pequeño agricultor, o sea de la agricultura intensiva, con obligada derivación a la industrialización de los productos primarios obtenidos. Los cultivos limitados de vides y montes frutales, etc., señalaron desde su iniciación un rumbo industrial. De la cosecha de la uva, se pasaba a la desecación cuidadosa de la misma, puesto que era imposible exportarla fresca; lo mismo ocurrió con los higos, duraznos, peras, manzanas, ciruelas, membrillos, etc. Eran incontables las cargas de higos, pasas, orejones, descarozados y otras frutas desecadas que hicieron el regalo de los paladares coloniales, de los mil pobladores desparramados de la América. Recordemos que el europeo y el criollo jamás pudieron acostumbrarse a las precarias frutas autóctonas y saborear como tales a las del chañar, algarrobo, piquillín, zulupe, tuna, etc. La superioridad de las frutas de origen foráneo y, sobre todo el hábito de gustarlas el paladar europeo, hizo que la preciada producción de las huertas cuyanas y riojanas fueran imperiosamente reclamadas.

A donde va el hombre del Mediterráneo va, obligadamente, la vid y su producto directo y el industrializado. Es imposible separar al peninsular del vino, del aguardiente, etc., provenientes de la uva. De este imperativo nació la necesidad de procurarse vinos en una América carente originariamente de estos productos y van a ser Cuyo y Chile los grandes productores de los solicitados vinos y aguardientes. Pero esta producción, siempre en crecimiento, como creciente el interés por su consumo, creó la necesidad de procurarse medios apropiados de transporte. De aquí que los núcleos de españoles establecidos en los diversos pueblos de Tucumán, con frondosos bosques de madera dura, van a fabricar las primeras carretas que trajinarán por las travesías cuyanas, en solicitud de las sobrosísimas frutas desecadas de origen europeo y de los vinos y aguardientes, producto de las vides y salidos de los lagares y alambiques primitivos. Las novedosas carretas tucumanas van a labrar las huellas iniciales del camino de las frutas conservadas y del vino... Posteriormente se generaliza la actividad transportista cuyana, para lo cual se criaban grandes recuas de mulares en las vegas de los ríos Mendoza y San Juan, que proporcionaron al híbrido ideal del arriero, por su resistencia y rusticidad. El Tucumán proveyó siempre de maderas (para ejes y ruedas). Sus ricos montes madereros hicieron posible la construcción de estos barcos rodantes del desierto.

Creadas las dos ramas de la actividad transportista, Cuyo pudo trazar definitivamente su ruta económica,

basada en el cultivo intensivo de irrigación artificial, con el agua de sus dos ríos celebrados. La naturaleza perecedera de sus productos urgió la actividad del transporte en solicitud de los mercados de consumo. Fueron, pues, los cuyanos, hombres de azada y de a caballo, pero en ambos casos regidos estrechamente por vigentes leyes españolas, aplicadas al riego y al arriaje. Siempre bajo el contralor de autoridades competentes de tradición varias veces secular. Esta sujeción a imperativos regionales y encuadrado en rígidos moldes europeos, va a apartar al cuyano de la libérrima vida gauchesca, que obrará siempre como incitación al libertinaje. Serán los cuyanos hombres de a caballo, pero de caballos mantenidos y amansados a pesebre, que pasarán en pequeñas mangas cercadas. Vale decir que serán animales mansos, enseñados, de silla o de tiro, no baguales pampeanos, salvajes y rústicos. Lo mismo puede afirmarse de sus mulares, que son llamados "mansajes", es decir, "mulas mansas", criadas junto a las casas, a la vista de toda la familia. Los bueyes de las carretas, también son criados bajo la constante mirada interesada de los dueños, a su intermediación. Todo esto habla de vigilante intervención humana en sociedades de regularidad industrial. Su folklore causará fuerte intervención hispana.

TONADA CUYANA: EL PITOJUAN

Al árbol más alto subo
con miras de hacer mi nido;
al Pito tengo por nombre
y al Juan por apellido...

Juan es Pito
y Pito es Juan...

Tres colores tiene el Pito,
tiene el blanco y tiene el plomo.
Tiene el color amarillo
y una lista por el lomo...

Juan es Pito
y Pito es Juan.

¡Qué bonito el Pitojuan,
quién lo pudiera pillar
y cortarle las alitas
que no pudiera volar...!

Juan es Pito
y Pito es Juan...

Andan dos versiones de esta tonada: una "seria", la que presentamos, y otra picaresca, que agrega dos cuartetas de contenido malicioso. Demás está decir que la versión picaresca, con agregados ocasionales y a veces muy chocantes, es la más popular.

La música de esta tonada puede verse en la página 803 del "Cancionero popular cuyano", recopilación del autor.

A NUESTROS LECTORES

Debido a la situación que mantiene el personal de Correos y Telecomunicaciones, que trae aparejado un retraso considerable en el recibo de correspondencia, no llegó a nuestro poder el noveno capítulo de "Panorama histórico folclórico de Cuyo" con la anticipación necesaria para su publicación. Por tal motivo no apareció en nuestro número anterior. Lo hacemos ahora con la seguridad de que usted, amigo lector, sabrá disimular este inconveniente.

PANORAMA HISTORICO FOLKLORICO CUYANO

CAPITULO DECIMO

ESPECIAL PARA
"FOLKLORE"

POR JUAN
DRAGHI LUCERO

EN nuestra anterior visión panorámica esbozamos la iniciación de una pintura del hombre cuyano de a caballo, en la época colonial. Nos propusimos demostrar la diferencia inicial que existió entre el hombre de carguños de Cuyo, incluyendo al riojano, y del hombre de la pampa y del litoral, de corte gauchesco.

El historiador Enrique de Gandía nos ha dejado pinturas enérgicas del tipo llamado gauchesco. Lo ve el acucioso investigador como un hombre fronterizo, tan presto arrimado a pequeños poblados cristianos como pasándose a las tolderías de los indios. Con apetencias de nómada en cualesquiera de estas dos ubicaciones, este elemento libérrimo, hijo partenogenético de las tierras y cielos infinitos, no acusa significación económica, como el jinete cuyano. Por el contrario: obra como elemento antieconómico y perturbador de la estructura social de la época. Su celado sentido de la libertad individual, lo lleva a romper con todo molde que signifique sujeción. El gaucho es el alarido indómito de la libertad con sentido de choque. Todo lo que tienda a limitarlo, en cualquiera manifestación vital, entrará en guerra con él. Sus pampas son sin límites y su cielo, infinito. Su teoría de la existencia es explicable si se concibe que Dios creó caballos y vacas para el servicio del Hombre: por tanto él es dueño de los baguales, vacas, avestruces y todo lo que cría la pampa. El animal es del que lo pille primero... La soledad de enormes extensiones de tierra, lo hace dueño de todo. El desierto refuerza sus concepciones individualistas y por ellas lucha en las ocasiones que le depara su trashu-

mente vivir. Mas, el cuyano, por el imperativo estepario que le tocó en suerte, debe acogerse a la vecindad del río domesticado para vivir. Nombra un dueño legal del río, al que llama "Subastador del río", funcionario que obtiene en pública subasta su empleo y que gobernará las aguas con destino a los sembradíos. El río es intervenido con "pies de gallo" y obras de arte de cal y canto, con lo que se consigue hurtarle parte de sus libres aguas y derivarlas por un Canal Matriz. Este canal se aparta hacia las tierras pobladas y se va subdividiendo en canales o ramas secundarias; luego se diluye en hijuelas que terminan en varias acequias que entran a los predios, que sirven para atomizarse en sobreacequias y entregar su domesticado trago de agua a los surcos y bordos que brindan el frescor y la vida al sistema radicular de la parra, del frutal o de la mínima huerta con jardín. Así pues, el río bravío, erosivo, amenazante, es poco a poco reducido por la industria del labrador cuyano. Lo domina y lo amansa mediante la división y aparte de caudales acuíferos. El río se abre en un inmenso abanico vitalicista. El imponente, el arrollador caudal de agua, se torna manso, embretado entre los bordes lamidos de los canales e hijuelas y termina por entrar, manso, humilde, al predio donde es requerido por el hortelano. Se desparrama por la tierra sedienta y, por último, se canalizan los sobrantes en pequeños desagües para servir al vecino de aguas abajo. Estas aguas, para ser dominadas, requieren una atención constante del hombre: los canales, hijuelas, acequias, etcétera, deben ser continuamente limpiados; los cauces deben estar expeditos para que corran las aguas,

y si se piensa que los predios irrigados están a veces a muchas leguas del río madre, debe aceptarse que todo este complejo irrigador exige continua atención y gobierno y esto hace, precisamente, que el agricultor cuyano viva en continua brega por la consecución de su turno de agua. Este incesante desvelarse crea en el hortelano un sentido celoso de regularidad en sus labores y de observancia de las leyes del riego. Un canal es un venero por donde corre el oro, que tratan de hurtar mil acequias propensas al robo. Los regantes de primeras tomas disponen de aguas en abundancia, que hurtan a los de últimas tomas. De aquí la lucha tenaz, inacabable, entre los agricultores. La autoridad debe vigilar constantemente y aplicar sanciones de acuerdo a la Ley de Aguas.

¿No resalta de todo esto una diferencia sustancial entre el elemento pampeano, nómada, y el cuyano, sedentario y regularizado por el riego dirigido?

Toda esta enorme diferencia está basada en regímenes pluviales diferentes. El gaucho se ha movido en tierras donde la caída pluvial oscila de 500 a 1.000 milímetros anuales. El cuyano y el riojano va de los 80 a 400 milímetros. Esto nos explica que parte del territorio sanluiseño participe del horizonte gauchesco. El norte y centro de San Luis acusan caracterís-

ticas cuyanas, por origen de población y por similitud climática y geográfica. Desde la época colonial contó San Luis con pequeñas venas acuíferas absolutamente domesticadas, que le permitieron pequeños cultivos de urdimbre hispana. Mentadas son sus industrias caseras, que si bien no rindieron los volúmenes que enriquecieron a San Juan y a Mendoza, proveyeron las alacenas hogareñas. La pequeñez de los cultivos puntanos hizo que sus mujeres fueran dulceras habilidosas. El Ejército de los Andes aprovechó miles de varas de géneros tejidos por mujeres puntanas.

Difícil le resulta al hombre de cultura media de Buenos Aires aceptar la gran diferencia que existió entre el gaucho pampeano y el arriero de Cuyo. No advierte a primera vista cómo "hombres de a caballo" puedan actuar en horizontes tan diferenciados y aún opuestos. En realidad el arriero cuyano fue atacado muchas veces, durante la travesía de la pampa, por "gavillas de gauchos malos", que les salieron al camino para reclamar vino, aguardiente o los ricos alfajores. Para razonamientos posteriores, relacionados con el folklore cuyano, conviene establecer las diferencias de matices regionales que podrán, quizá, explicarnos la riqueza y diversidad del mosaico folklórico argentino.

TONADAS CUYANAS

Cuando bajaron los indios,
bajaron por San Rafael;
Lindito les decía:

—¡El que la agarre es para él!
¡Ay, compadre, comadre,
¡¡los indios!!...

Cuando bajaron los indios,
bajaron por el Planchón
Lindito les decía:

—¡Ya ganamos la acción!
¡Ay, compadre, comadre,
¡¡los indios!!...

Cuando bajaron los indios,
bajaron por el Portillo
Lindito les decía:

—¡Ya los llevamos vencidos!
¡Ay, compadre, comadre,
¡¡los indios!!...

Cuando bajaron los indios
fueron a dar a San Luis;

"EL VERSO DE LOS INDIOS"

Lindito les decía:
—¡Yo hi de volver por aquí!

Cuando vas a tierra adentro
yo te encargo una indiecita;
que no sea una india grande,
¡quiero una india chiquitita!

¡Ay, compadre, comadre,
¡¡los indios!!...

Cuando bajas pa Chinguangua,
yo te encargo un chinguanguito.
No quiero un chinguango grande,
¡quiero un chinguango chiquito!

¡Ay, compadre, comadre,
¡¡los indios!!...

Conocido en el sur de Mendoza y de San Luis. Relata el horror del malón; pero, a la vez, la costumbre de procurarse esclavas indias. La música puede verse en el "Cancionero popular cuyano", recopilación del autor. Pág. 605.

PANORAMA HISTORICO FOLKLORICO CUYANO

ESPECIAL PARA
"FOLKLORE"

Por JUAN
DRAGHI LUCERO

CAPITULO XI

A mediados del siglo XVIII nos informa Amat y Junient sobre Cuyo: "Pueblo de Tres Cruces que es de indios que llaman costinos por estar a la orilla del río San Juan cerca de la laguna Grande. Estos indios y los del pueblo de San Miguel, como también los isleños de la Ascensión y otros que viven en la costa de las lagunas, trabajan en tejer unos canastillos muy curiosos que llaman en el reino canastillos de Cuyo. Téjenlos de ciertos juncos que nacen en las vegas húmedas y tienen el color y las fibras fuertes a manera de esparto, y juntamente trabajan en labranzas de tierras que son fértiles, en la pesca de truchas que abundan en las lagunas y abastecen a San Juan a Mendoza y a San Luis, y en la corta de madera a la ribera de las lagunas, donde se crían espesos montes". Así inicia el Gobernador General de Chile con un vistazo sobre Cuyo en su informe al rey. Los canastillos de que habla Amat y Junient se han tejido hasta hace poco en las desecadas lagunas de Huanacache. Hoy, difícilmente se encontrará a alguna mujer que se encargue de la confección de estos canastillos. Si se preguntara a un conocedor de la historia cuyana cuál es el objeto más representativo de esta tierra, con raíz histórica y aún prehistórica, debería confesar que son los celebrados canastillos de Huanacache. Representan al proficuo vientre de Pachamama, y a tanto llega el fervor de la santa reproducción de la especie, que estos canastillos van adornados con "hijitos" que penden de los costados de la canastilla mayor, como "hua huas de pecho". Realmente parecen niños pegados a la madre multipara. Es un mensaje de la vida que los "cultos" de hoy no ven y no oven en su desprecio por todo lo empírico y folklórico.

Sigue el Gobernador de Chile: "San Juan de la Frontera es ciudad antigua pero sin el correspondiente crecimiento a causa del corto comercio que se reduce a llevar vinos, aguardientes y frutas pasas a Buenos Aires y cueros de vicuña, de los que se crían muchas en

la cordillera, a Santiago de Chile. Su terreno es a propósito para criar viñas y frutales aunque sicubran trigo en pequeñas sementeras". "Obsérvese cómo esta Crónica nos habla de las vicuñas que se criaban antes en San Juan. Hoy, por desdicha, esta apreciable riqueza ha desaparecido. Nuestra incultura, nuestro desamor por la tierra nativa nos ha llevado a la extinción de tan útil animal cordillerano. En tiempos del Inca, se ajusticiaba con la pena máxima al cazador que así exterminaba especies animales. Nuestra gran civilización, desconoce el cariño a la tierra y a los animales amigos del hombre. Quizá si nos allegáramos al Folklore con afanes de reencuentro a la dignidad antigua, quizá encontraríamos el verdadero camino de la riqueza material y espiritual... Sigue Amat y Junient:

"Fuera de estas injurias (rigidez del frío, aguaceros, granizos y langosta), padece San Juan por tiempos, otras y un viento que llaman Zonda, porque sople por el rumbo que cae el pueblo de Zonda. Este viento es tan caliente que se hace casi irresistible a los irracionales. Saca a las sabandijas (vinchucas entre ellas) de sus madrigueras y deja en triste estado a las plantas, chacerías y hortalizas. Sin embargo la gente es de buena índole y mantenía buena política".

"La Punta es ciudad antigua. Está en el camino de San Juan y Mendoza para Buenos Aires. Por razón de la escasez de agua que padece, es poco poblada aunque en su jurisdicción tiene buenas haciendas para la cría de ganados, los que comercia con Mendoza y San Juan (y se exportan a Chile). Sus serranías y montes son infestadas de tigres que hacen mucho daño a los ganados y demás animales, para cuyo reparo salen a matarlos, buscándolos hasta en sus cuevas, echándoles humo fuerte para que salgan. El modo de matarlos es ponerse en singular certamen. El puntano, con una punta de vara y media de asta y una mojarra de acero y el tigre enfrente. De este modo persevera algún

tiempo como los diestros que no quieren perder la línea del diámetro; sin volver los ojos; observándose los movimientos para aprovechar el menor descuido, hasta que el tigre fieramente embiste, quizá obligado por los perros que los encolerizan, y como esta fiera embiste de salto a buscar la cabeza del puntano, éste logra el bote, dándole en el pecho antes que le ofenda. Son tan diestros y ejercitados en este género de caza, que con todo desembarazo eligen el lugar de la herida para no desgraciar la piel, del que igualmente tienen comercio, y nunca el puntano embiste al tigre primero porque la fiera rebate la punta con una mano y la quebranta, aunque sea de la materia más fuerte. Ejercítanse igualmente en la caza de avestruces de que abundan los páramos de las pampas y el modo de cazarlos es a carrera de caballo, tirándoles dos piedras encadenadas con una cuerda de tres varas, que los envuelve y a veces los quebrantan. Lo que aprovechan de ellos son los nervios y plumas para los plumeros que enaírelan con los mismos nervios (músculos) y de ello tienen establecido un buen reglón de comercio".

"Solamente en San Luis se ha dado habitualmente la caza del puma y otras fieras en la forma aquí descrita. De ahí puede colegirse por qué el jinete puntano vivió en continuo estado de ejercitación del valor. De aquí salieron los mejores jinetes cuyanos. La caballería puntana fue siempre superior a la mendocina y sanjuanina. El culto del valor es una de las preeminencias de esta avanzada oriental de Cuyo".

Conviene certificar que esta vida de aventuras heroicas hizo que los sauliseños se aproximaran más

que los otros cuyanos al horizonte gauchesco. Los sanjuaninos casi no conocieron las luchas contra el indio, de guerra salvaje que castigó los campos del sur de Mendoza y de San Luis. El fiero luchar entre indios y cristianos fue cruento y lleno de singulares hechos de armas, pero más sanguinaria en San Luis, cuya capital misma padeció los horrores del sitio y del saqueo. Esto robusteció en el jinete nativo el espíritu guerrero, que fue aprovechado para la caballería del Ejército de los Andes. Sanjuaninos y mendocinos especialmente los núcleos de ambas capitales y sus vecindarios aldeanos, vivieron dedicados a las labores agrícolas propias de los cultivos intensivos, vale decir con manejo de agua de irrigación artificial, con todo su complejo civilizador y de regularidad funcional.

La dispersión del folklore de matiz cuyano lo van a realizar sus arrieros y carreteros por las grandes rutas de Valparaíso a Buenos Aires y en el tramo de Córdoba a Lima. Pero van a volver al nativo lar con la cosecha abundosa del folklore de Chile, del litoral, del Centro, del Norte Argentino y del Altiplano. No olvidemos que el sufrido arriero cuyano llegó muchas veces a Lima con sus frutas desecadas, aguardientes, vinos, alfajores, etc., y de aquellos remotos lugares trajo a cuyo productos manufacturados de procedencia europea, peruana e indígena. El arriero sufrido, sumiso, comedido, laborioso, como los carreteros tucumanos, fueron el agente de dispersión y de apropiación de caudales tradicionales. A ellos debemos la riqueza lírica, coreográfica y de toda laya de que nos enorgullecemos los cuyanos.

TONADAS CUYANAS

NO HAY NOCHE MAS CELEBRADA

No hay noche más celebrada
que la noche de San Juan...
Hay luces y luminarias
que alumbran la cristiandad.
A las doce de la noche
se levanta el conde niño
a darle agua a su caballo
a las orillas del mar...
Mientras el caballo bebe
él se pone a cantar.
La princesa le escuchaba
dentro del palacio real.
—Despierta hija querida,
despierta si estás dormida;
oye lo lindo que cantan
¡es la sirena del mar!...
—No madre: es el conde niño
que me viene a enamorar...
—No se te dé nada, hija mía;
lo mandaremos matar!
—No lo mates, ño, mi madre:

que a los dos nos han de enterrar...
Uno llevas en andas de oro
otro en andas de cristal.
A uno entierran en la puerta
a otro en los pies del altar.
Ella se volvió paloma
y él en un gavián...
Alzan el vuelo y se van
a las orillas del mar...
Uno se tornó en cirrés
y el otro en naranjal...
Con las ramas se alcanzaban
¡besos y abrazos se daban...!

Este antiguo romance español se convierte en "tonada cuyana". Se la encuentra preferentemente en las sierras de Mendoza y de San Juan. Es de hacer notar que los más antiguos cantares cuyanos han pervivido en las fragosas serranías, fuera del dominio de la rueda. La música de esta antigua y casi desconocida tonada, puede verse en el "Cancionero cuyano" del autor, pág. 590.

PANORAMA HISTORICO FOLKLORICO CUYANO

CAPITULO XII

El jesuita Juan Ignacio Molina publicó por 1776 su famoso libro de los que entresacamos algunos párrafos referidos a Cuyo: "El invierno es bastante rígido, aunque allí no llueve en esa estación. En el estío son grandes los calores de día y de noche, y frecuentes las tempestades de truenos y granizos. Estas tempestades, en las comarcas occidentales, ordinariamente se forman y se disipan en media hora; y descubriéndose el sol con toda se vehemencia, seca en un momento la humedad. De aquí es que en todas las estaciones el terreno, si no se riega artificialmente, es árido, sin verdura ni árboles. Pero cuando es regado por canales, produce todo con increíble abundancia. Todas las frutas y granos de Europa arraigan allí primorosamente y llegan a su perfecta madurez un mes antes que en Chile. Sus vinos son generosos y de buen cuerpo. Esta provincia recibe tres ríos de los Andes, a saber: San Juan, Mendoza y Tunuyán. (Aún no se había incorporado al dominio de los españoles los ríos del sur de Mendoza: Diamante y Atuel). Los dos primeros, que tienen el nombre de las ciudades que bañan, se estancan a 25 ó 30 leguas de su curso, por ser todo el país plano y sin declive, y forma casi en el medio de la provincia (de Cuyo), las famosas lagunas de Huanacache, que se extienden de Norte a Sur más de 50 leguas, y por un canal (el río Desaguadero), donde entra el río Tunuyán, va a perderse en las pampas. Abundan estas lagunas de truchas y pejerreyes exquisitos, y de aquí se provee de sal todo Cuyo". ("Huan" significa lugar, y "Cachi", sal). Hoy estas lagunas se han desecado por completo, porque los cultivos reclaman toda el agua de los ríos que las alimentan.

Conviene recordar que en la dilatada época colonial, fueron las lagunas de Huanacache el refugio de muchos españoles que transgredían las leyes y, para librarse de las sanciones de la justicia, se ocultaban en los extensos bañados de Huanacache. Allí tuvieron mujeres indígenas y se robusteció el mestizaje cuyano. Aún hoy pueden verse en Media Agua y Casuarinas, en San Juan y en Lavalle y Guaymallén, en Mendoza, a muchos mestizos provenientes de aquellas antiguas cruzas.

"En estos lugares —prosigue el cronista—, se encuentra en abundancia el nopal (penca), o sea esa especie de higo de India que nutre a la cochinilla. Los naturales del país la cosechan ensartándola con

una aguja, por lo cual la tinta que de ella se saca tira a negro. Este arbusto también da una fruta (tuna) con infinidad de granitos semejantes a los del higo, y unidos entre sí con una especie de gluten. Esta fruta es dulce y sabrosa, y aunque muerta, se conserva bien partida y secada al sol. Se encuentra también allí una flor particular, llamada "flor del aire" (clavel del cerro), porque su planta no tiene raíz alguna ni se ve jamás fijada en tierra. Sus sitios nativos son las rocas más áridas o los árboles secos donde se enreda. Esta planta, que se reduce a un solo tallo, es semejante a las ramas del clavel, pero sus hojas son más grandes, más gruesas y tan duras que al tocarlas parecen de palo. Cada tallo o rama da dos o tres flores blancas, transparentes, semejantes a las del lirio en su tamaño y figura, y por lo menos tan olorosa como ella, y se conservan frescas más de dos meses en su tallo, y por muchos días, cortadas. Lo más admirable en esta planta es que transportada sin la menor atención por más de 300 millas, produce anualmente sus flores, colgada de un clavo".

"Las abejas se encuentran aquí por todas partes, particularmente en la campaña oriental, donde las gentes no se procuran otra ganancia más que la de la miel, que en realidad es excelente".

"En Cuyo se ven muchos animales que no se encuentran en Chile, como el tigre (puma), jabali, ciervo (en San Luis), la tortuga terrestre, el quirquincho, la víbora, la iguana".

"Los originales de Cuyo, de los cuales quedan muy pocos, se llaman huarpes. Son de alta estatura, flacos, morenos y hablan una lengua diferente de la chilena (araucana). Los peruanos fueron los primeros que los conquistaron. En el camino que por la cordillera de los Andes conduce a Cuyo, se ven hasta hoy algunas casuchas de piedra, construidas en seco, donde se dice que se albergaban los correos y oficiales pasajeros del imperio quichua".

Se refiere el cronista a "los ranchillos" de Uspallata, que constituyeron un tambo o tampus del Incario en su expansión hacia el Sur. Todavía hoy se ven las ruinas de las "pircas", o sea murallas de piedra asentadas sin argamasa. Estas construcciones bordean el Camino del Inca, que aún hoy se puede distinguir como una recta fascinante entre Uspallata y el Leoncito de San Juan. Los correos o "chasquis" del Incario utilizaban este camino que

toca cada tanto a las aguadas naturales. En San Juan subsiste el pueblo de Tamberías, en el que existieron estos "tambos" o postas del Incario. El actual camino que, bordeando al río Mendoza, va a Chile, es, en gran parte, el Camino del Inca. Se utilizó para someter a los guerreros mapuches por los ejércitos que venían del Cuzco civilizador.

Sigue el cronista Molina: "Mendoza, capital de toda la provincia de Cuyo, cuenta con unos 8.000 habitantes. Hace un gran comercio en frutas y vinos con Buenos Aires, y va aumentando por la vecindad a las famosas minas de Uspallata, que explotan con gran éxito. San Juan tiene casi el mismo número de habitantes y las mismas iglesias y conventos que Mendoza. Trafica igualmente con Buenos Aires, adonde manda una cantidad considerable de aguardiente, frutas y pieles de vicuña. San Luis de Loyola, por más que sea sano como el pasaje común de todo el comercio que realiza entre Chile y Cuyo con Buenos Aires, se halla hasta ahora en un estado miserable, y sus habitantes apenas llegan a 200. Allí existen una parroquia, una iglesia que fue de los jesuitas y un convento de los dominicos. Fuera de estas tres ciudades de Cuyo, tiene las aldeas de Jachall, Valle Fértil, Mogna, Corocorto (hoy La Paz), Leoncito, Calingasta y Pismanta, las que no merecen una particular mención". El verdadero nombre de Jachall es así, como está escrito. De ahí viene lo de jachallero.

"Los caminos que hay practicables en la cordillera —sigue el cronista—, no son más que 8 ó 9, siendo el más frecuente de todos el que va desde la provincia de Aconcagua a la de Cuyo, pero este camino, en el que se emplean lo menos 8 días, está

cortado con mucha frecuencia con los profundísimos barrancos que forman los ríos Aconcagua, en Chile, y Mendoza, en Cuyo, costeados de altísimos cerros cortados perpendicularmente. La estrecha vereda que queda entre esos precipicios es tan aspera y de tan mala huella, que los caminantes se ven a cada paso en la precisión de apearse de sus mulas, que son las únicas caballerías que pueden hacer aquel camino, prefiriendo los viajeros marchar a pie. No pasa año sin que se precipiten en aquellos ríos algunas bestias de carga. Por suerte que estos despeñaderos no siguen por todo el camino, pues se llega a llanuras. Los españoles han fabricado algunas casas de piedra para mayor comodidad en aquel tránsito". Se refiere el cronista a las casuchas que fueron refugios en los grandes temporales de nieve. Por estas veredas suspendidas sobre escalofriantes abismos trajinaron los arrieros cuyanos. Llevan charqui a Chile y traían objetos manufacturados de cobre. Nuestros hombres de carguños frecuentaron las costas del Pacífico. Entre otros productos trajeron el "cochayuyo", vegetación marítima, saturada de yodo, con la que pudieron combatir el bocio o coto. Sabido es que, debido a la fragosidad de la cordillera de los Andes no pudieron trajinar por ella las carretas. Únicamente los sufridos arrieros vencieron la gran barrera nevada. El tráfico de Cuyo con Chile hizo que el folklore de ambos lados de los Andes acusara muy parecidas aristas. La tonada, por ejemplo, se canta en Chile y en Cuyo únicamente, y fueron los arrieros los que la trajeron, y ellos los que llevaron a Chile el matiz cuyano, muy festejado en la costa del Pacífico.

TONADAS CUYANAS

DELGADINA

El rey tenía tres hijas,
las tres eran adoradas;
la menorcita de ellas
Delgadina se llamaba.
—Delgadina, hija mía,
servime de enamorada;
serás reina del castillo
madrasta de tus hermanas.
—No lo permita mi Dios
ni la Virgen soberana,
que estando mi madre viva
le sirva de enamorada.
—Córranme los soldados:
encierren a Delgadina.
No le den un trago de agua
ni un bocado de comida.
Entró los nueve días,
Delgadina ya expiraba;
se arrima a la ventana
donde su hermana miraba.
—Hermanita de mi vida,
dame una jarrita de agua
que tengo los labios secos
y la vida se me acaba.

—Delgadina, hermana mía,
agua no te puedo dar
porque si mi padre sabe
con la misma he de pagar.
Ya da vuelta Delgadina,
muy triste y desconsolada,
se arrima por la ventana
donde su hermana miraba.
—Hermanita de mi vida,
dame una jarrita de agua,
que tengo los labios secos
y la vida se me acaba.
—Delgadina, hermana mía
agua no te puedo dar,
porque si mi padre sabe
con la misma he de pagar.
Ya da vuelta Delgadina
muy triste y desconsolada,
se arrima por la ventana
donde su madre miraba.
—Madrecita de mi vida,
dame una jarrita de agua
que tengo los labios secos
y la vida se me acaba.

—Delgadina, hija mía,
agua no te puedo dar,
porque si tu padre lo sabe
con la misma he de pagar.
Se da vuelta Delgadina
más triste y desconsolada;
se arrima a la ventana
donde su padre miraba.
—Padrecito de mi vida,
dame una jarrita de agua
que tengo los labios secos
y la vida se me acaba.
—Delgadina, hija mía,
servime de enamorada:
serás reina del castillo,
madrasta de tus hermanas.
—No lo permita mi Dios
ni la Virgen soberana
que estando mi madre viva
le sirva de enamorada.
Entró los nueve días,
Delgadina ya expiró
y al tentado de su padre
el Diablo se lo llevó!...

Este célebre romance español echó raíces en las cordilleras de Cuyo. Como todos los cantares, se transformó en "tonada". Se lo canta al lado del fuego, de noche, en muy pequeñas reuniones. Jamás lo he oído en las parrandas. Le siguen comentarios de lo mucho que pueden las tentaciones del Diablo... Si, por casualidad, se oyen ruidos de dudosa procedencia, se recitan las Doce Palabras Redobladas que tiene invencible poder contra el Demonio tentador... Esta histórica composición puede verse en el "Cancionero popular cuyano" del autor. Página 5.